COLECCION

DE LAS

MEJORES COMEDIAS

DEL

TEATRO ANTIGUO

Y MODERNO ESPAÑOL.



MADRID:

—

Libreria de D. José Cuesta, calle Mayor, en donde se hallará un surtido de mas de cuatro mil títulos del teatro Antiguo Español, y todas las del teatro moderno y un gran número de sainetes, entremeses, unipersonales y piezas en un acto.

Comedias del Teatro antiguo del tamaño de 4º.

Abre el ojo ó aviso á los solteros.
A buen padre mejor hijo.
Anillo de Gijes (tres partes).
Antes que te cases mira lo que haces.
Armas de la hermosura.
Aspides de Cleopatra.
Baron (el).
Boba para los otros y discreta para sí.
Bruto de Babilonia.
Buscona ó el Anzuelo de Fenisa.
Café (el) ó la comedia nueva,
Casarse para vengarse.
Castigo de la miseria.
Cerco de Roma.
Conde de Saldaña (dos partes).
Con quien vengo vengo.
Criado de dos amos.
Dar la vida por su dama,
Defensor de su agravio.
De fuera vendrá quien de casa nos echará.
Delincuente honrado.
Del rey abajo ninguno.
Desdén con el desdén.
Dómine Lucas.
Emperador Alberto.
Fuerza lastimosa.
Garrote mas bien dado.
Genízaro de Hungria.
Hijos de Edipo ó Polinice.
Huerfanita ó lo que son los parientes.
Job de las mugeres Sta. Isabel.
Juramento ante Dios.
Licenciado vidriera.
Lindo D. Diego.
Lo cierto por lo dudoso.
Mayor Mónstruo de celos.
Mágico de Salermo.
Mas ilustre fregona (cinco partes
Mejor alcalde el rey.
Misantropía y arrepentimiento.
Mónstruo de la fortuna.
Muger de dos maridos.
Negro de mejor amo.
Negro mas prodigioso.
No hay cosa buena por fuerza
Otelo ó moro de Venecia (trag
Pintor finjido.
Por la puente Juana.
Primero es la honra.
Príncipe prodigioso.
Raquel (tragedia).
Reinar despues de morir.
Renegado de Carmona.
Rosario perseguido.
Sábio en su retiro.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Secreto á voces.
Señorita mal criada.
Señorito mimado.
Sí de las niñas.
Si una vez llega á querer.
Tercero de su afrenta.
Trampa adelante.
Travesuras son valor.
Triunfo del Ave Maria.
Valiente justiciero.
Ver y creer.
Vida es sueño.
Viejo y la niña.
Zeloso y la tonta.
Acrisolar el dolor.
Convidado de piedra.
Inocencia triunfante.
Mas heróico español.
Mas vale tarde que nunca.
Perder el reino y poder.
Rencor mas inhumano.
Restaurar por deshonor.

EL NUMA

TRAGEDIA.

POR

DON JUAN GONZALEZ
DEL CASTILLO.



EN MADRID
EN LA IMPRENTA DE SANCHA.
AÑO DE 1799.

EL AUTOR

A LOS AMIGOS QUE HAN COSTEADO

ESTA EDICION.

No son estos sencillos rasgos, como esos lisonjeros monumentos, que la indigencia y la adulacion han erigido á los Hijos de la Fortuna en el vano frontispicio de tantos libros. Mi corazon se avergonzaria ciertamente de manchar las primeras páginas de mi Obrilla con tan baxos y artificiosos homenages. Solo vosotros, carísimos Amigos, dulces delicias de mi vida, solo vosotros arrancais á mi pluma los tiernos sentimientos, que tantas veces os ha prodigado el labio en las vivas conmociones de mi gratitud. Sí: vosotros, en alas de vuestra noble generosidad, acudisteis á mi

estrecho albergue para librar á mi Numa del eterno olvido á que lo condenaba el rigor de mi destino. ¡O que pintura se ofreció entónces á mis ojos! No era, no, el pomposo quadro de la prosperidad, en que un Procer orgulloso se suele desparecer entre el humo del incienso que derraman las viles manos de una interesada y sórdida esperanza. Era, sí, la Escena de la verdadera y cándida Amistad, en donde un infelíz, desdeñado de la suerte, recibia las liberales ofertas, las apasionadas demostraciones del mas puro y delicado afecto. En fin vuestras amorosas instancias vencieron mis temores, y os entregué á mi Numa, regado de lágrimas de gozo, contemplándome el mas dichoso de los hombres en medio de una multitud de Amigos, cuya demanda me daba una prueba nada equívoca de aquella corres-

pondencia igual y generosa que es el crisol de las grandes almas. Ah! ¡quién pudiera pintar los dulces movimientos de mi corazon en este venturoso instante! Solo diré que mi situacion cambió improvisamente su tétrico semblante. Sí: quando la calamidad sembraba de sinsabores mi exîstencia, quando la envidia hiriéndome con su dardo venenoso me precipitaba en el horroroso abismo de una desesperada misantropía; vuestras sincéras expresiones, vuestro generoso empeño, aquella sonrisa ingénua con que el alma caracteriza sus verdaderos sentimientos, calmaron la borrasca de mis sombrías imaginaciones. Ah! decia yo en el transporte de mi alegria: ¿Es posible que en este humilde techo resuene el santo nombre de la Amistad? No: mi suerte no es tan deplorable como me la pintaba mi despecho.

¿Qué importa que la fortuna me niegue enteramente sus favores: que la malevolencia desacredite mis sudores y vigilias: que una crítica obscura y simulada denigre, muerda, emponzoñe todas mis producciones, si puedo numerar tantos Amigos que enxuguen mis lágrimas, que animen mi desaliento? Ay! á vosotros, únicos placeres de un desgraciado, á vosotros debo la tranquilidad de mi alma. Vosotros habeis mitigado la ferocidad de mis pasiones, ya señoras de mi ofuscada razon; habeis ahuyentado el amargo tedio que emponzoñaba mis funestos dias; me habeis en fin restituido á la Sociedad. Sí: la risa de mis labios, el fuego de mis ojos, el regocijo que anima mi semblante, todo es vuestra obra, es un reflexo de vuestra bondad, de vuestra beneficencia. ¡O Genio sagrado de la Amistad! tú se-

rás desde este dia el objeto de mis tareas. Ese tu divino bálsamo, que ha cicatrizado las heridas de mi corazon, esparce por mis venas el blando fuego que excita el entusiasmo, creador de grandes cosas. Yo templaré mi lira para cantar tus alabanzas. Pero si al pie de los altares te consagra mi pluma algunos rasgos dignos de tu aprobacion, léjos de envanecerme, confesaré que son mas bien un efecto de tus poderosas inspiraciones, que del vigor y la energía de mi tardo y grosero ingenio.

PERSONAGES.

ROMULO, *Rey de los Romanos.*

TACIO, *Rey de los Sabinos.*

NUMA POMPILIO, *Caballero Sabino.*

TULIA, *doncella guerrera, hija del difunto Remo, y sobrina de Romulo.*

HERMILIA, *hija de Tacio.*

OSTILIO, *Capitan Sabino.*

MARCELO, *Capitan Romano.*

SEQUITO DE GUERREROS ROMANOS Y SABINOS.

La escena representa un frondoso bosque, consagrado al Dios Marte. En el fondo, por entre las calles de árboles, se descubre á lo léjos la fábrica de los muros de Roma, y alguna parte de sus edificios.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

ROMULO, TULIA, NUMA, Y MARCELO, *por la izquierda, con séquito de Guerreros Romanos.* TACIO, HERMILIA, OSTILIO, *y tropas Sabinas salen por el camino de Roma. Mientras se encuentran en el centro de la escena, y ocupan sus correspondientes puestos, se oye siempre la música militar.*

TACIO.

¡Gran Romulo!

ROMULO.

Prudente y justo Tacio!

Danse las manos.

TACIO.

¡O quantas gracias doy á las supremas
Deidades! pues ceñido de laureles
te vuelven á la patria, que desea
verte colgar la victoriosa espada.

ROMULO.

En vano Roma mi reposo espera.
¿Por ventura imagina que es tan débil,
tan mezquino el espíritu que alienta

el corazon de Romulo, que estreche,
que limíte su imperio, y sus empresas
al pequeño recinto de estos muros?
Quanto se engaña, Tacio, si lo piensa.
Marte, mi invicto padre, me ha engendrado
solo para la gloria, y la diadema
que he sabido forjarme será digna
de mi preclara sien, quando comprehenda
en su círculo inmenso todo el orbe.
Hasta entonces no aguarde que mi diestra
la regia espada envayne, ni que el ocio
de mi cabello arranque la cimera.

TACIO.

Sigue tu inclinacion; pero permite
al cansado guerrero alguna tregua.
Dexa, pues, que en su hogar se cicatricen
las hondas llagas que aun solapa y cierra
el polvo del combate. Ya Diciembre
empieza á marchitar las verdes selvas,
á engreir los humildes arroyuelos,
á esparcir por las faldas de las sierras
las perezosas nieves. ¿Luego á donde
pretendes conducir esa caterva
de infelices, que un lustro de trabajos
ha consumido sus robustas fuerzas?

ROMULO.

¿A donde me preguntas? A la cumbre
de la inmortalidad: á donde llegan
los que arrostran constantes los peligros;
no las almas vulgares que rastrean
por el inmundo cieno los placeres.

TACIO.

¡O quan opuestas son nuestras ideas!
¿Qual, Romulo, es tu gloria? ¿Ese fantasma
que vanamente abrazas? ¿Que veneras
mas que á los mismos Dioses? Yo te miro
penetrar en su obsequio rudas breñas,
vadear hondos rios, hollar riscos;
aquí un pueblo reduces á pavesas,
allí talas la mies, dulce esperanza
del simple labrador, allá encadenas
la vencida falange: ante tu carro
la humanidad se humilla, todo tiembla,
todo al fin se anonada, y victorioso
te presentas despues á nuestras puertas.
¿Pero que puede aquí lisonjearte?
¿La abundancia? No hay brazos que la tierra
con el arado rompan. ¿Las Matronas?
Casi todas sollozan y lamentan
el desastre del hijo, ú del consorte.
Los húerfanos gimiendo te rodean,

los jóvenes en fin ven con espanto
el insufrible afan, que les espera,
en esos rostros pálidos, en esos
esqueletos que cercan tus banderas.
¿Y esta es tu gloria, Romulo? ¿Equivale
la esteril vanidad de tus proezas
á la sangre de un hombre? ¡Que delirio!
Cada vez que meditas una empresa,
que la ciega ambicion te precipita
contra la humanidad, naturaleza
se estremece, suspira, y se arrepiente
de haber puesto en tus manos la tutela
de tantos infelices como guias
á ser de una ilusion funesta presa.

ROMULO.

Basta ya de leccion; y no presumas
que el haber dividido la diadema
contigo, tus delirios autorice.

TACIO.

Si son delirios, ruegote que seas
con mis cansados años indulgente.
Con todo, ilustre Romulo, quisiera
que apreciases la causa que me obliga
á refrenar tu ardor. Sí; quando en esa
dilatada llanura que pomposo
el padre Tiber con sus aguas riega,

intentaban Romanos y Sabinos
terminar con las armas sus querellas,
las Matronas Sabinas destrenzadas,
penetrando en tropel por entre densas
pirámides de polvo, y despreciando
una lluvia de dardos y saetas,
se arrojaron en medio de ambas haces.
Sus clamores, sus lloros, y ternezas
no solo mitigaron nuestras iras;
pero hicieron tambien que aquellas diestras
que destrozos y horrores anunciaban
fuesen lazos de fiel benevolencia.
Tu entonces me dixiste: ,, Noble Tacio,
,, unamos nuestros pueblos. Roma sea
,, nuestra patria comun. Tus canas dicten
,, las pacíficas leyes, y la guerra
,, tan solo agite mi robusto brazo."
Yo cedí á tus instancias y promesas,
y ocupamos un trono. Desde entonces
el Romano en mi amor experimenta
los desvelos de un padre, de un Monarca
que en sus felicidades se interesa.
Así quando lo miro en un abismo
de inmensos males suspirar la ausencia
de la adorable Paz, que consternada
se cubre el rostro cándido, y se aleja

del formidable estruendo de tu carro,
no extrañes que á tus ojos compadezca
su desgraciada suerte, y que mis canas
alguna vez, ó Romulo, se atrevan
á emprender el delirio (lo confieso)
de suspender tus bélicas tareas.

ROMULO.

Suspiras por la paz; ¿péro qué puede
anhelar un decrépito que apenas
sostiene el fragil polvo que lo abruma?
Déxate de consejos. No pretendas
comunicarme el yelo de tus labios.
No me instruyas. Yo sé que el hombre fuera
dichoso, si jamas en sus campiñas
se oyese el trueno de la infausta guerra.
Pero el cielo dispone que los bienes
alternen con los males, y la horrenda,
la furiosa discordia entre los pueblos
funestos celos y ambiciones siembra.
Roma yace en la cuna, y ya la miran
sus vecinos con odio: ya se quejan
de su prosperidad, y ya consultan
los sanguinarios medios de perderla.
Pues antes que la envidia ponga en obra
sus pérfidos designios, desvanezca
Roma la tempestad que le amenaza,

y en alimento el tósigo convierta.
Vamos, Marcelo, al templo.

Vase por el centro con todo el séquito, y Tacio detiene á Numa.

ESCENA II.

TACIO, NUMA, Y TULIA.

TACIO.

Espera Numa. *Con recato.*

NUMA.

Mi bien, Tacio me llama.

TULIA.

No se pierda
tan feliz ocasion. Ven á las aras,
ven, Numa, cesarán las ansias nuestras.

NUMA.

No tardaré en seguirte, dueño mio.

Vase Tulia por donde los demas.

ESCENA III.

TACIO Y NUMA.

NUMA.

¿Qué me ordenas, Señor?

TACIO.

Ya, Numa, observas
el tedio, el menosprecio, la ojeriza
con que escucha mis fieles advertencias
el inflexîble Romulo. En el pecho,
presago el corazon me anuncia extremas
calamidades. Sí, querido Numa:
la ambicion, la crueldad, y la soberbia
que forman el carácter de ese altivo
conquistador, se inflaman, se exâsperan,
luchan ya con furor por arrancarse
la máscara que oculta sus violencias.
Un dia ha de llegar en que descubran
su natural aspecto. ¿Y quién en esa
terribe situacion será el apoyo
del mísero Sabino? Ya mis fuerzas
el tiempo ha disipado. Flaco, y viejo
vacilo sobre el bordo de la huesa,
y mi débil cerviz se doblaria

si el acerado yelmo la oprimiera.
Otro brazo es preciso mas robusto
para oponerse al choque de esa fiera
que intenta devorarnos. Sí, mi Numa.
Tu sangre, tus virtudes son las prendas
de nuestra libertad. Desde este instante
confio á tu valor, y á tu prudencia
el timon de esta nave que entre escollos
dificil rumbo sigue. Yo en las selvas,
encorvado hácia el polvo que me llama,
pediré sin cesar á las supremas
Deidades de Sabinia, que en los brazos
de mi adorada Hermilia....

NUMA.

Tacio, espera...
¡Hermilia!.... ¡Cielos santos!....

TACIO.

¿Que te turba?
Carece por ventura de belleza
la heredera de Tacio? ¿No son dignas
sus virtudes del trono?

NUMA.

Señor, cesa.
No imagines que pueda ser injusto
con los divinos méritos que elevan
la posesion de Hermilia. Su hermosura

corresponde á la cándida, á la ingenua
simplicidad de un alma, que han formado
las lecciones de Tacio. Mas mi estrella....

TACIO.

¿Por qué enmudeces, Numa? ¿No me debes
cuidados paternales? ¿No son estas,
estas débiles manos las que siempre
te han dirigido por la recta senda
de la santa virtud, despues que el hado
te expuso tierno infante á la inclemencia
de mísera horfandad? ¿Pues por qué dudas?
Por qué á un amigo, á un padre no revelas
tus sentimientos? Ay! querido hijo!
Yo sé la natural delicadeza
de tu sencillo pecho. Algun objeto
perturba tu quietud. Habla, no temas:
descansa en mi amistad.

NUMA.

Señor, perdona
si yo puedo adorar otra belleza
que la de Hermilia.

TACIO.

Ah Numa! que has burlado
todas mis esperanzas! Tantas penas
por educar al héroe de la patria,
al digno sucesor de la diadema,

al esposo de Hermilia, y este premio
recibe mi vejez! Ah! no creyera
igual ingratitud!

NUMA.

Señor, no culpes
á un desgraciado: culpa á la influencia
del hado, que me arrastra á ser trofeo
de esta ardiente pasion.

TACIO.

¿Mas qué sirena
tu razon adormece? ¿Quién á Hermilia
despoja de este triunfo?

NUMA.

Suerte adversa,
¿Por qué me hiciste amarla?

TACIO.

Acaba Numa.

NUMA.

Tulia, Señor...

TACIO.

¿Qué dices? ¿Esa fiera
que instruye el feroz Romulo en el arte
del horror y el estrago?

NUMA.

No la ofendas.
Tú no conoces, no, sus sentimientos.

TACIO.

Mas que su loco amante. La perversa
¿no vió saltar al golpe de la espada
por las gradas del trono la cabeza
del inocente Remo su buen padre?
¿Y qual fué su dolor? Besar la diestra
del fratricida Romulo, olvidando
la triste sombra, que venganza anhela.

NUMA.

Mas, ¿qué pudiera hacer la débil Tulia?

TACIO.

¿Débil con tan cruel, tan fiera escuela?
Sacude ese letargo. En los peñascos
del monte Palatino, entre catervas
de atroces foragidos, fundadores
de este imperio, que ensanchan las violencias,
se arrulló esa beldad. Sí: quantas manos
cometian delitos, y torpezas
en remotos paises, acudian
á ser apoyo de la débil huella
de tu adorada Tulia. Tú la has visto
seguir como una furia las banderas
del inhumano Tio: complacerse
en las tristes y trágicas escenas
de sus conquistas. Ah! ¿fué, Numa, entonces
quando te cautivó? ¿La hallaste bella

quando lanzaba el dardo? ¿Quando hendia
el acerado arnes? ¿Quando sangrienta
por montones de estragos penetraba?
¡Quién, Dioses inmortales, quién creyera
que en el fatal regazo de la muerte
se arrullase el amor!.... ¡Mas qué demencia!
No es amor quien te abrasa. El sacro fuego
de este afecto se enciende y se conserva
solo entre las virtudes. Un impulso,
un apetito, sí, de tu flaqueza
perturba tu razon. Quando en sus brazos
la nube de tu error se desvanezca:
quando la posesion cubra de yelo
ese ardiente volcan que ahora te quema,
entonces el fastidio, los pesares,
el arrepentimiento, la tristeza
serán los vengadores de la patria,
del desprecio de Hermilia, de la ofensa
que haces á mi bondad....

NUMA.

Ah! padre mio!
no aumentes mi congoja....

TACIO.

Falso, cesa.... *Enternecido.*
¿Qué quieres de este anciano? ¡Yo tu padre!....
¿Por qué con ese nombre me recuerdas

mis frustrados desvelos? ¿No rehusas
el cetro que te ofrezco? ¿No desprecias
el corazon de Hermilia? ¿No abandonas
á tu afligida patria? ¿Pues qué esperas?
Llámame tu enemigo, y Tacio entonces
sabrá escucharte, ingrato, con firmeza.

NUMA.

¡Cielos! ¿Yo tu enemigo? No, no, Tacio.
Conozco mi delirio. Tú despiertas
mi aletargado pecho.... ¡Pero Tulia!...
Sí: cederá el amor á la obediencia.
Yo lo juro, Señor, en estas manos
paternales, que riega mi terneza
con amorosas lagrimas.... Deidades,
dadme para cumplirlo resistencia.

TACIO.

¡Qué escucho, justo cielo! ¡Aun resplandecen
las virtudes en Numa! O hijo, llega,
y estrechame en tus brazos. ¿Con que triunfas
de tu ciega pasion?

NUMA.

Ah! no pretendas
que duplique, Señor, con repetirlo
mi funesto martirio.

TACIO.

Bien: tu pena

quiere algun desahogo. Ya te dexo.
Pero no olvides, Numa, que en la tierra
siempre la dura lid de las pasiones
es la mas formidable: y el que quiera
colocarse al nivel de las Deidades
se debe exercitar en esta guerra.

ESCENA IV.

NUMA *solo.*

¡Con que ya perdí á Tulia!... ¡La he perdido!...
¡Ay que horrores se abultan en mi idea!...
¡Sin Tulia!... ¡Sin mi bien!... Ah! triste dia,
no me alumbres, tus luces son funestas...
¿A donde huiré de mí?... Robustos troncos,
prestadme por piedad vuestra dureza....
Ya no tengo constancia: por instantes
mis ansias, mis dolores se acrecientan....
¿Qué has prometido, Numa? ¿Cómo sabes
que en los duros combates que te esperan
triunfará tu virtud?... Sagrados cielos,
¿quál será su dolor, quál su demencia
viendo mi ingratitud? Las blancas manos
torcerá con despecho, y en sus quejas
me culpará de falso, de inconstante.
¡Ay! no es posible, no, que Numa pueda,

Numa que la idolatra ver su llanto,
ver su amargo dolor con entereza.
No podré resistir... Tú, amada Tulia,
borrarás con tus ojos mis promesas;
tú me verás postrado, reiterando
los amorosos votos, las ternezas,
los juramentos... Ah! ¿qué he proferido?
¿Ya me olvido de Tacio? ¿Ya desprecias
la voz del patriotismo, infeliz Numa?
El amor, los afanes, las finezas
de un Rey que me ha educado; que me ofrece
la mano de su hija; que me entrega
su cetro, y que su pueblo me confia,
¿no merecen la heroyca recompensa,
el grande sacrificio de vencerme,
de ahogar esta pasion?... Dura sentencia
pronuncia mi deber!... Tulia, permite
que triunfe la virtud.... Mas ¡ay! no creas
que llores sin venganza tus agravios...
Pronto, pronto, mi bien, veras deshecha
la pesada cadena de mis dias
al impulso fatal de tantas penas.

ESCENA V.

NUMA Y TULIA.

TULIA.

¿Qué haces, mi bien?

NUMA.

¡Que miro!... cielos, ¿dónde,
dónde me esconderé de su belleza?

TULIA.

Detente, dulce dueño; ¿á dónde partes
con tanta agitacion? Romulo espera
con los sacros Ministros para unirnos.

NUMA.

¿Qué dices?

TULIA.

No lo estrañes. El proyecta
ocupar solo el trono, y recelando
que tu valor se oponga á tus ideas,
solicita ganar por este medio
tu corazon. Ven, Numa: ¿que recelas?
¿No me sigues?

NUMA.

Ah Tulia! no me aflijas:
dexame por piedad... El cielo ordena

que te pierda, y no cese de adorarte.

TULIA.

¡Qué oigo, Dioses!... Perderme!.. ¿Quién intenta
un lazo desatar que amor ha unido?
¿Quién será el insensato que pretenda
irritar mi pasion?

NUMA.

Ah! por los Dioses
te suplico, mi bien, que me aborrezcas,
que á un infeliz olvides, y respetes
los decretos del hado....

TULIA.

Ingrato, cesa;
y no dores con vanas permisiones
tu falsedad. ¿Qué Numen se interesa
en desunir dos almas? ¿Te ha mandado
algun mensage el cielo, en que te ordena
la traicion, el perjurio, la inconstancia?
Perverso, no profane tu vil lengua
los divinos decretos. Di, que faltas
á la fe prometida, que atropellas
los juramentos, sí, que eres mudable,
fementido, traidor... Ay! que me incendian
el corazon las furias... El abismo
todos sus monstruos en mi pecho alverga...
¡Crédula!... que escuchase los halagos

de un alma tan infiel !... ¿Por qué la tierra
entonces no se abrió baxo mis plantas?
¿Por qué sus rayos en la sacra diestra
tuvo ociosos el Padre Omnipotente?...
Pero no, no te jactes. Falso, tiembla
los rigores de Tulia. Te declaro
un eterno rencor. Sí, como fiera
me lanzaré á tu pecho, donde ansioso
mi ardiente labio de tu sangre beba.
Yo te lo juro, Numa: yo lo juro
á los Genios que guardan estas selvas:
lo juro al sumo Jove...

NUMA, *de rodillas tomandole la mano.*

Tulia mia,
cesa de atormentarme... ¡O si pudiera
mostrarte el corazon! ¡Ingrato Numa!
¡Fementido con Tulia!... Ah! no suspendas
tu venganza; mas hiereme creyendo
que eres mi unico bien.

TULIA, *retirando la mano.*

Aleve, suelta:
cierra el labio falaz, ó vive el cielo
que si vuelves con falsas apariencias
á seducir mi pecho...

ESCENA VI.

Tulia, *empuña la espada, á cuyo tiempo sale* Hermilia *por la parte del templo, y dando un grito corre á los pies de* Tulia, *y le detiene la accion.* Numa *se levanta haciendo un ademan de despecho.*

Hermilia.

Tente, Tulia.

Numa.

¡Que aun el alivio de morir no tenga!

Tulia.

Alza del suelo, Hermilia... Mas ¡ó Dioses!
¡Que palidez!... Respira! Vuelvan, vuelvan

Con ironia amarga.

á florecer, Sabina, los jazmines,
vuelvan á renacer las azucenas.
¡O pese á mi despecho que ha inmutado
tan hermoso semblante! Ya no temas:
Numa vive... ¿Pretendes mas de Tulia?

Hermilia.

Entiendo tu lenguage; y ya me pesa
que mi importuno arrojo interrumpiese
tan deliciosa lid. Sigan las quejas,

y hasta las amenazas, pues que Numa
tiene en tu misma espada su defensa.
Pero contodo advierte que las armas
del iracundo Marte, son agenas
de las guerras de amor, donde tan solo
con suspiros y lloros se pelea.

ESCENA VII.

TULIA *empuña la espada en accion de seguirla, y* NUMA *la detiene.*

TULIA.

Espera, osada Hermilia...

NUMA.

Dueño mio,
modera tu despecho.

TULIA.

¡Yo estoy ciega!
¿Ya qué dudo?... Sus ojos... Aquel tono....

Reflexîonando con inquietud.

Su sobresalto... Sí: cierta es mi ofensa.
Por fin, Numa, el acaso ha descubierto
tan oculto misterio. Las finezas
de una Sabina llevan en su abono
la gracia nacional que te embelesa.

Pero, ¿por qué, mudable, interrumpiste
mi venturosa calma? Tus cautelas
me hicieron detestar el ronco acento
del bélico clarin. Solo las selvas,
las silenciosas grutas, los retiros,
que nuestro amor buscaba, aquellos eran
mi centro, y mi delicia. Allí sentados,
arrojando los yelmos en la yerba,
entre tiernos suspiros me decias,
que luego que la guerra suspendiera
sus sangrientos horrores, en placeres
convertidas serian nuestras penas.
Pues bien: ya en Roma estamos: ya el guerrero
no vela con la pica: ya no suena
la belicosa trompa: di engañoso,

Empieza á enternecerse.

¿Qué se han hecho tus ayes y promesas?
Burlar mi confianza, abandonarme, *Llora.*
posponerme á otro amor, ¡triste! ¿son estas
las glorias de la paz que me anunciabas?
¿En que faltó mi fe?... Mas, ¿qué flaqueza?
¡Llanto en mis ojos! ¿Quando? Horrores, furias,
desastres pronostican estas fieras,
estas funestas lágrimas que vierto.
Yo haré que mi enemiga se arrepienta
de su triunfo: yo haré....

NUMA.

No, no te agravia
la infeliz. Oye, y luego nos condena.
Tacio nos une, Tacio que en mis manos
pone del reyno las pesadas riendas.
Hoy me impuso el precepto. Quizá Hermilia
se acercará á las aras con violencia.
¡Quien sabe! quizá llora, como lloro,
un desgraciado amor.

TULIA.

No la defiendas.
Ya todo lo penetro. Ella te ama,
te ofrece una corona, y tú la aceptas.
Pérfido, tu ambicion mas te envilece.
Si la amaras, ingrato siempre fueras
con la burlada Tulia; ¡mas dexarme
por un vil interes!...

NUMA.

Cruel, ¿tal piensas
del generoso Numa?

TULIA.

Pues que, aleve,
¿pretenderás decir que la obediencia
te arrastra á tan odioso sacrificio?
Fementido, conozco tus cautelas.
Ni Tacio te obligára, ni su hija

involuntaria al tálamo subiera,
si tú no fueses débil. Pero, injusto,
la corona y la púrpura que anhelas
no halagarán tu orgullo. La codicia
de Romulo pondrá su altiva huella
sobre el trono Sabino, y estas manos
te forjarán, ingrato, la cadena.

Vase por el camino de Roma.

ESCENA VIII.

NUMA *solo.*

¿Habeis saciado ya, funestos Dioses,
vuestra terrible cólera? ¿Qué senda
puedes, Numa, tomar donde no encuentres
fatales precipicios? Solo resta
la muerte á mi dolor... Mas ay! que nunca
fulmina al que la invoca su saeta.

ESCENA IX.

NUMA, ROMULO, TACIO, MARCELO, OSTILIO,
y séquito Romano y Sabino.

ROMULO.

¿Qué es esto, amado Numa? En este dia

de plácido reposo, ¿cómo dexas
el lado de un amigo que procura
darte el hermoso premio que deseas?

NUMA.

¿Yo premio invicto Romulo? No agravies
el noble amor de gloria, que me eleva
sobre todos los riesgos. Numa solo
de sus mismas hazañas se alimenta.

ROMULO.

Sin embargo es muy justo que mis dones
distingan á un guerrero que en la arena
de los héroes mis inclitos laureles
con afan y sudor cultiva y riega.
Y así fuera del cetro, yo no encuentro
mas sublime, mas dulce recompensa
que la mano de Tulia... No te turbes,
amado Numa. ¿Acaso, dí, recelas
que el contacto del mirto y de la rosa
empañe el esplendor de la cimera?
Desecha esos escrúpulos, pues tienes
el exemplo de Marte y Citeréa:
fuera de que yo sé que la alma Venus
no es para Numa tan funesta estrella.

NUMA.

Señor... ¿Qué le diré? Crueles hados,
¡Aun hay mas torcedores! ¡Dura prueba

con un alma afligida!

ROMULO.

¿Qué vacilas?
Ven á Roma á encender las sacras teas.
Tulia espera tus brazos. ¿Enmudeces?

TACIO.

Su silencio, gran Romulo, dispensa.
Yo que conozco bien sus sentimientos,
que sé su pundonor, y las ideas
que debe á mi enseñanza, considero
la lucha que á su espíritu consterna.
No debes extrañarlo. Una ventura
que excede sus deseos, una oferta
que aun el divino Marte envidiaria,
es forzoso que el ánimo suspendan
entre la vanidad de conseguirlas,
y la incapacidad de poseerlas.

ROMULO.

¿Qué enigma es este Tacio?

TACIO.

No te alteres,
y sabrás mis designios.

NUMA.

¡Dura estrella!

TACIO.

Yo siento, ilustre Romulo, que el tiempo

entre sus pies veloces me atropella,
y que toco la orilla del sepulcro.
En este triste estado ya la diestra
se rinde al peso del dorado cetro,
ya la arrugada frente se doblega
baxo de la corona, y ya mi labio
en las leyes imprime su torpeza.
Ah! que diverso estoy de aquel que un tiempo
en medio de las trágicas miserias
que la guerra acaudilla, cultivaba
los frutos de la paz! Mas todo cesa:
todo se acaba en fin. Hoy solo aspiro
á gozar los momentos que me restan
en tranquilo reposo, preparando
mi decorosa tumba. Mas la tierna
edad de Hermilia, su inexperto sexô,
y en fin su natural delicadeza
exîgen un esposo en cuyos hombros
la mole del gobierno se sostenga.
Este es Numa, Señor; y así perdona
si el deber que á su patria lo encadena
le obliga á posponer en este empeño
tan sublime, tan dulce recompensa.

ROMULO.

¿Con que el indocil Tacio se complace
solo en contradecirme? ¿Quién creyera

tanto orgullo y audacia en un caduco?
¿Pero de qué me admiro? Mi prudencia,
mi dulzura, y bondad la causa han sido
de haber osado erguir vuestra soberbia
la envanecida frente. ¿Ya qué falta
sino que en el Senado Roma vea
dictar leyes á Tacio desde el trono,
y á Romulo postrado obedecerlas?
Yo, yo tengo la culpa: yo que incauto
desprecié á los principios la centella
que arrojó vuestra oculta altanería.
Pero si te ha engreido la indolencia
con que he visto mi cetro obscurecido
á la sombra del tuyo, todos sepan
que tú terminarás la larga série
de los Reyes Sabinos. Tacio, reyna
todo el tiempo que el hado te ha prescrito:
pero quando en la pira se conviertan
tus miembros en cenizas, mis hazañas
herederas serán de tu diadema.

Vase con los Romanos.

ESCENA X.

TACIO, NUMA, OSTILIO, Y SABINOS.

NUMA.

Echáste, suerte injusta, todo el resto.

TACIO.

En fin, Sabinos, reventó ya el etna
que apenas humeaba. Los tiranos
presentan á los pueblos la moneda
de una falaz virtud, para que incautos
su dulce libertad alegres vendan;
mas ¡ay del infeliz que el torpe dolo
qual nosotros descubre! Entonces cesa
la falsa probidad, y el despotismo
con todos sus horrores se despliega.
En efecto ya Romulo nos habla
en su funesto idioma: ya os presenta
el insufrible yugo. El plazo es corto.
Acaso en la voluble aguzadera
se afila ya el puñal que ha de esgrimirse
contra mi débil pecho. La sospecha
de un crimen, en quien siempre los maquína,
tiene todo el aspecto de evidencia.
Debemos recelarlo. Y bien, Sabinos,

qué pensais de la suerte que os espera?
¿Imaginais que Roma se declare
vuestra amorosa madre? ¿Que os conceda
privilegios, y honores? ¿Que os adorne
con todo el esplendor de su grandeza?
¡Que error, Sabinos! Los altivos pueblos,
que con las duras leyes de la fuerza
justificar pretenden sus conquistas,
no miran los paises que sujetan
como ramas de un tronco, sino como
humildes y viciosas yerbezuelas,
que arrimadas al árbol, solo sirven
para indicar mas bien su corpulencia.
Vosotros vivireis con los Romanos
dentro de unas murallas: en la guerra
mezclaréis vuestra sangre con la suya:
regaréis las campiñas y praderas
con un mismo sudor; mas no espereis
de sus victorias, auges, y riquezas
otro fruto mas grato que el desprecio,
que la dura injusticia, que la ofensa,
que el mote de Sabinos, cuyo nombre
será, sí, la mayor de las afrentas.
Y qué, ¿sereis tan viles que indolentes
consumireis la vida en la tarea
de enriquecer las manos que os ultragen?

¿Vereis sin exhalar ardientes quejas
crecer en pobre hogar vuestros hijuelos
para arrastrarlos luego á ser ofrendas
de la ambicion de Roma? ¿Sufrireis
que las antiguas glorias, las proezas
con que os ennoblecieron vuestros padres
al soplo de la infamia desparezcan?
¡No permitan los Dioses que en los brazos
de una turba de esclavos se desprenda
mi fatigado espíritu! Primero
sobre vuestros cadáveres me hiera
la espada del Romano. Sí, Sabinos:
todos morir debemos en defensa
de nuestra libertad. ¿Quál es el hombre,
que á su voz poderosa no se sienta
con las fuerzas de Alcides? ¿Que no anime
un escollo en el pecho? Yo, que apenas
conservo algun calor en este fragil
esqueleto, que el tiempo encorva, y yela,
siento ya discurrir desde este instante
un fuego celestial de vena en vena.
Ea, nobles Sabinos, este bosque
ha de ser nuestra tumba, ó la palestra
del mas glorioso triunfo que celebren
los fastos de Sabinia. Nadie tema,
que nuestra es la justicia. Las Deidades

apartarán los dardos y saetas
de nuestros pechos; y el tonante Jove
desde la alta region de las estrellas,
á un leve movimiento de su frente
hará que caigan en menudas piezas
las Legiones Romanas. No dudemos
de su equidad. Corramos á la empresa
llenos de confianza.... Mas si acaso
hay alguno que al riesgo retroceda,
si hay alguno tan débil que á la muerte
anteponga la infamia y la cadena;
¿qué aguarda entre nosotros? Que se marque
con la negra señal de su vileza:
que se arrastre á los pies de un duro dueño
como torpe reptil. Esa es la senda
que conduce á los yerros. Que se vaya:
no nos insulte mas con su presencia.
Sabinos, elegid: son dos extremos:
aquí todo es honor, allí es afrenta.

SABINOS.

El morir elegimos.

OSTILIO.

Justo Tacio,
no dudes del valor que manifiestan
tus leales vasallos. El Sabino
conserva en su carácter la entereza

que le inspiran tus leyes, unas leyes
que el vicio impiden, la virtud enseñan.
Y así jamás podrá besar la planta
de un ambicioso dueño, que pretenda
en la torpe ignominia embrutecerlo
para atarlo á su carro como fiera.

TACIO.

Eso sí, nobles almas: perezcamos,
antes que la ambicion nos vexe y hiera
con su cetro de hierro. Vuestro Rey
el exemplo os dará, seguid sus huellas.
¿Mas tú enmudeces, Numa?

NUMA.

Tú conoces
todos mis sentimientos. En la extrema
calamidad que aflige á mis patricios,
Numa de su deber solo se acuerda.

TACIO.

Pues algunas partidas se dirijan
á los vecinos pueblos, donde puedan
algunas provisiones prepararnos.
Nosotros entretanto con cautela
entraremos en Roma; y esta noche
quando medie la luna su carrera
podremos conducir lo mas precioso
de nuestros cortos bienes á esta selva,

de donde partiremos en buen órden
á buscar otros lares, aunque sea
sobre las altas nieves de la Escitia,
ó del Africa ardiente en las arenas.

OSTILIO.

Tu prudencia, Señor, es nuestro norte.

TACIO.

Pues, heroycos Sabinos, á la empresa.

OSTILIO.

La muerte nos es grata.

NUMA.

Nuestra patria
su libertad conserve. (Aunque yo muera)

TACIO.

Numenes tutelares de Sabinia,
la justicia nos arma, protegedla.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

La misma escena del bosque sagrado con vista de los muros de Roma. Las tiendas de los Sabinos á la izquierda. La de Tacio en primer término, cuyo vestibulo, formado de un toldo de púrpura, asido de los árboles, y sus puntas apabellonadas por los troncos, se extenderá hasta la mitad del teatro.

TACIO, Y HERMILIA.

HERMILIA.

¿Qué esperamos, Señor? ¿Por qué motivo
no te alejas del bosque? Mucho temo
los rigores de Romulo.

TACIO.

No es facil
executar, Hermilia, tu consejo.
La suma vigilancia del tirano
descubrió nuestra fuga, y al momento,
como hambriento leon que los balidos
del tierno recental sigue á lo léjos,

así salió de Roma en nuestro alcance.
Retardaban el paso á mis guerreros,
ya la esposa que asida de la diestra
tropezaba en las peñas; ya el hijuelo
que con su acerbo llanto humedecia
el acerado arnes; ya en fin el viejo
á quien el torpe baculo guiaba;
y así en breve escuchamos el estruendo
de las Romanas armas, y las voces
con que aplaudian ya su vencimiento.
Yo en fin para evitar nuestra ruina,
formo mis esquadrones, y resuelto
con la ronca trompeta lo provoco:
mas el astuto Romulo temiendo
empeñar un combate entre las sombras,
detuvo hasta la aurora su ardimiento.
Nuestras segures cortan entretanto
las gruesas hayas, los antiguos fresnos
que el rito de este bosque defendia:
desuerte que al dorar el padre Febo
las elevadas cumbres, el Romano
halló un antemural de unidos leños
capaz de contener su fiero orgullo.
Sentó su campo entonces guarneciendo
las lomas inmediatas, desde donde
atalaya y observa tan atento

todas nuestras acciones, que no es dable
la marcha proseguir, sin que primero
decida una batalla, si Sabinia
debe adorar de Roma los decretos.

HERMILIA.

¡O si nos concedieran las Deidades
siquiera el triste asilo de un desierto,
donde en humildes chozas de retama
tantos tronos tuvieses como pechos!

TACIO.

No, Hermilia, no me envidies el reposo.
Numa y tú reynareis si acaso el cielo
se nos muestra propicio.

HERMILIA.

Pero, padre,
¿pudiera ser dichosa poseyendo
un corazon herido de otra flecha?
¡Ay qual fuera mi afan, y qual su tedio!
Pues prisiones, Señor, que amor no labra
son insufribles y pesados hierros.

TACIO.

No receles, Hermilia. Las violentas
pasiones nunca duran mucho tiempo.
Numa suspirará, mas tus virtudes
tienen siempre seguro el vencimiento.

ESCENA II.

TACIO, HERMILIA, NUMA, Y OSTILIO.

NUMA.

Romulo se dirige, enarbolando
la pácifica oliva, al campo nuestro.

TACIO.

¿Qué pretende el tirano? ¿Solicita
con su falsa eloqüencia someternos
al yugo que nos forja? ¿O se persuade
desarmar facilmente nuestro esfuerzo
con vanas amenazas? Lo conozco.
No podrá alucinarme. En este puesto
lo aguardo. Parte, Numa, á conducirlo.
Y tú, Ostilio, coloca mis guerreros
en torno del vestibulo.

ESCENA III.

TACIO, HERMILIA, Y OSTILIO, *que coloca las guardias Sabinas al rededor de la tienda.*

HERMILIA.

Aun me aníma
la esperanza, Señor, de algun convenio.
Quien sabe si los Dioses...

TACIO.

Sí : los Dioses
pueden hacer que moren en un lecho
el cordero y el lobo; pero mientras
no dexe de reynar la edad de hierro,
debe el hombre prudente en los peligros
esperar con cautela los portentos.

ESCENA IV.

TACIO, HERMILIA, OSTILIO, NUMA, TULIA, Y ROMULO *con un ramo de oliva.*

ROMULO.

Jamas imaginé, prudente Tacio,

declararte mis quejas en un cerco
de amenazantes picas, y á la sombra
de este sagrado ramo. Mas ya veo
que los hombres crueles, los que llenan
de terror y de sangre al universo
con sus fatales triunfos, sacrifican
á la santa amistad unos afectos
mas ilustres, mas dulces, mas sencillos,
que los de esos espíritus modestos,
que en público predican las virtudes,
é idolatran los vicios en secreto.

TACIO, *haciendole señal de sentarse en unos escaños que han acercado.*

Así será, gran Romulo. Mas dime,
porque nuestras ideas confrontemos,
¿qué es la santa amistad? ¿Es por ventura
un simulado ardid, un torpe medio
de someter los cuellos que rehusan
un tiránico yugo? ¿Es un pretexto
que busca la ambicion para lanzarse
como infernal harpía sobre un cetro,
cuyo claro esplendor provoca y mueve
su atroz voracidad? ¿Es pues un velo
que tiende cautelosa la injusticia
sobre la falsedad, y el vilipendio
con que abate y ultraja la inocencia,

con que inculca y viola los derechos
de unos pueblos que nacen, que respiran
en dulce libertad? Yo te confieso,
que si esta es la amistad, Tacio te debe
los mas puros y fieles sentimientos;
pero, si como juzgo, sus colores
son el desinteres, el fino afecto,
la mutua confianza, la franqueza,
y la simple verdad, duda no tengo
de que eres mi enemigo. Sí: no fio
de tus dobles palabras: me estremezco
al verte en mi presencia; y esas picas,
esas fuertes espadas, esos yelmos,
aun me parecen débiles recursos
para las fieras artes de tu pecho.

ROMULO.

No ceses de ultrajarme si así halagas
la implacable ojeriza, que tan negros,
tan horribles colores ha prestado
á tu duro pincel. ¿Hay mas dicterios?
Tirano, injusto, avaro, un fiero monstruo
ante tu tribunal hoy comparezco.
¿Pero quién me condena? Solo Tacio:
Tacio que dicta leyes en mi reyno:
Tacio que ocupa parte de mi trono:
Tacio en fin por quien sudo, por quien vierto

mi sangre en los combates. ¡Quien creyera
que tan rígido fueses! Mas ya veo
mi crimen capital. ¡Que fatuo! Dixe,
que así que descansases en el seno
de los Dioses, Romanos, y Sabinos
habian de obedecer á un solo dueño.
Esta es mi culpa, sí. Pero ¿en qué, Tacio,
perjudicarte pueden mis intentos?
¿Quieres aun gobernar desde la urna
el pueblo, y el senado? ¿Tendrás celos,
ya convertido en polvo, de que empuñe
viviente mano tu adorado cetro?
No te juzgo tan débil. Es preciso
que resuelvas nombrar un heredero
que imite tus virtudes. ¿Y quién puede
ser mas digno que Romulo? ¿Mi esfuerzo
no sabrá conservar el claro lustre
de tus predecesores? ¿En mi celo
no hallarán los Sabinos un buen padre,
un vigilante Rey....

TACIO.

Pero extrangero.
¡Ah! Romulo! ¿no sabes que los hombres
amamos ciegamente los objetos
que al salir de la cuna nos sorprenden?
¿Ignoras que jamas borran los tiempos

las primeras ideas que en la cera
de la tierna niñez estampa el sello
de nuestra educacion? Dí, ¿qué Sabino
no verá derribar con sentimiento
el augusto dosel que á tanta costa
elevaron sus ínclitos abuelos?
Yo lo miro correr hácia la tumba
donde descansan los elados restos
de sus héroes: yo escucho sus gemidos:
» Padres, clama llorando, vuestro esfuerzo
» fué inútil á la patria, á vuestros hijos,
» y á vuestra misma gloria. Ved el suelo
» que vuestra ilustre sangre ha fecundado
» tributar hoy sus frutos al que ha puesto
» sobre nuestra cerviz la dura planta.
» ¿No veis desnudos los sagrados templos
» de los ricos despojos que colgaron
» vuestras manos triunfantes? ¿Qué se han hecho
» los metales, las piedras que en colunas
» en lápidas y estatuas defendieron
» del choque de los siglos vuestros timbres?
» ¡Ay, que el precioso polvo de esos huesos
» ha perdido su lustre, y solo sirve
» para causarnos trágicos recuerdos!
Tales serán, ó Romulo, los gritos
del mísero Sabino, justo duelo

de su eterna desgracia. ¿Y con qué voces
podrás justificar en ningun tiempo
semejante violencia? ¿Dónde halláste,
si la fuerza exceptuas, un derecho
que tales tiranías autorice?

ROMULO.

En el libro de todos los guerreros.
Yo no exâmino leyes, sino sigo
las que abrazan los héroes, cuyos hechos
se respetan y aplauden en el orbe.
Desengáñate al fin. Quantos imperios
en su luciente giro el sol registra
tuvieron breve cuna, ó en el hueco
de un cortezudo tronco, ú en la quiebra
de una encorvada peña; pero luego
que en brazos de la gloria comenzaron
á gustar el dulcísimo alimento
de las grandes victorias, de tal suerte
desenrollaron sus robustos miembros,
que colosos enormes hoy oprimen
los montes y los mares con su peso.
Estos exemplos, Tacio, me convencen
mas que todas tus voces: y supuesto
que Roma está en la infancia, que ahora debe
desplegar su estatura, doble el cuello
la decrépita Italia, y no pretenda

murmurar lo que admira el universo.

TACIO.

Poco me importa, Romulo, que Italia,
toda la tierra sirva de sustento
á tu loca ambicion, como Sabinia
su libertad conserve. Sí: yo creo
que mis votos se cumplan: porque antes
que Roma entre sus bárbaros trofeos
numére á los Sabinos, despechados
prometemos lidiar; mas lidiaremos
teniendo á nuestra espalda las Matronas
que armadas de puñales, al momento
que nos miren exânimes, de un golpe
clavarán nuestros hijos á sus pechos,
para que no le quede á tu injusticia,
sino la vanidad del vencimiento.

ROMULO.

¿Y tú eres el humano? ¿El que detesta
los estragos? ¡Cruel! yo me estremezco
al contemplar la imágen que tú pintas
con tal serenidad. ¿Quién tan horrendo
designio te ha inspirado?

TACIO.

¿Quién, preguntas?
Tu tirana ambicion. Sí: yo detesto
los males de la guerra. Con mi sangre

compraria la paz del universo.
Pero quando se trata de oprimirnos,
de igualarnos al bruto, destruyendo
los lazos que nos unen con la patria,
no piedades, no dulces sentimientos
mi corazon ocupan, sino horrores,
iras, destrozos, todos los despechos
de una fiera que herida y acosada
vibra entorno las garras en el viento.

ROMULO.

Admiro en tí ese ardor, esa constancia
que no sabré imitar. No quiera el cielo
que dos pueblos amigos se destrocen
por un vano capricho, un devaneo
de sus ciegos caudillos. Ah! buen Tacio!
mitiguense las iras. Haya un medio,
y ahorremos tanta sangre. ¿Qué pretendes?

TACIO.

La libertad perpetua de mi pueblo.

ROMULO.

Yo no pensé jamás esclavizarlo.
Los cielos son testigos. Mas supuesto
que llaman los Sabinos servidumbre
obedecer á Romulo, no intento
violentar su albedrio. Vivan libres,
reservandose Roma el privilegio

de elegirles Monarca, si la muerte
se lo impide al que reyne.

TACIO.

Me convengo.

ROMULO.

Solo sí te suplico que permitas
la union de Numa, y Tulia. Comencemos
á estrechar la amistad de ambas Naciones
con los mas dulces vínculos, haciendo
venturosas dos almas que se abrasan,
holocaustos de amor, en blando fuego.

TACIO.

Pero Numa...

ROMULO.

¿Qué dudas? Entre tantos
Próceres, y magnánimos guerreros
hay muchos cuyas inclitas virtudes
merecedoras son del alto premio
que á Numa preparabas.

TACIO.

No lo ignoro....
Mas mi amor paternal... Tantos desvelos...
Ah! que perder á Numa es sacrificio
que tan solo la paz puede obtenerlo.
En fin cedo á tu instancia.

NUMA.

Justos Dioses,
vuestra clemencia adoro.

TULIA.

Crueles celos
mi ventura envenenan.

HERMILIA

Ah! qué breve
todas mis esperanzas fenecieron!

ROMULO.

Pues, Tacio, si los jueces de los Reyes
son las altas Deidades, en el templo
de Marte será justo que los pactos
con el himno y la víctima sellemos.

TACIO.

Donde quiera que estoy sé que los Dioses
mis acciones observan, y procedo
con la santa verdad que les es grata.
Pero desvanezcamos tus recelos.
Lleguemos al altar, y el sacro Numen
que penetra los íntimos secretos
del corazon humano, con su dardo
castigue al violador del juramento.

ROMULO.

El justo nunca teme. Ve á las aras,
que en ellas con la víctima te espero.

ESCENA V.

TACIO, NUMA, OSTILIO, HERMILIA, Y SABINOS.

TACIO.

Ya te sigo, gran Romulo. Sabinos,
yo bien sé que jamas disfrutarémos
de una perfecta paz, mientras de Roma
no nos separen piélagos inmensos.
Sé que miente el tirano. Sus crueldades,
su implacable ambicion, su altivo genio,
no es posible sin dolo que dividan
con un mortal la gloria y el imperio.
Mas vuestra situacion, el riesgo, el trance
me obligan á ceder. Sabinos, esto
tan solo es prolongar el triste plazo
del choque y del horror. Con que velemos;
no apartemos los ojos de ese monstruo,
que intenta cauteloso adormecernos
para mas á placer despedazarnos.
Todos siempre tengamos junto al lecho
el escudo y la espada: nadie cuelgue
la coraza ni el casco, pues recelo
que la señal de armarse será el golpe,
y el momento terrible no está léjos.

OSTILIO.

Nosotros viviremos vigilantes,
y en siendo necesario venderemos
nuestras vidas muy caras.

TACIO.

Ven, Ostilio,
y verás el impío atrevimiento
con que un mortal perjura ante los Dioses.
Tú, Numa, permanece en este puesto,
y custodia por último servicio
estas tristes familias mientras vuelvo.

ESCENA VI.

NUMA Y HERMILIA.

NUMA.

Duro amor, de que sirven tus delicias
si gloria y patria por gustarlas pierdo.

HERMILIA.

Solo tú debes, Numa, de estas paces
recibir parabienes. Nuestro pueblo
no mejora de suerte, pues conoce
la amistad del Romano, y los convenios
mas sobresalto que alborozo infunden.
Yo he salido tambien de un devaneo,

de una amable ilusion que me pintaba
menos terribles los presentes riesgos;
desuerte que los hados han cambiado
de circunstancias, pero no de objeto.
Solo tú eres dichoso, lo repito,
tú que al pie del altar oirás el eco
de un sí que tanto anhelas, que termina
todos tus ayes, todos tus tormentos.

NUMA.

¿Y juzgas, bella Hermilia, que tranquílo
al suspirado tálamo me acerco,
yo, que miro los males de mi patria?
No agravies (ay de mí!) con tal concepto
mi noble corazon. Si á los altares
lleva mi infausto amor algun consuelo,
solamente se cifra en la esperanza
de poder conseguir por este medio
la salud de Sabinia.

HERMILIA.

Calla, Numa:
¿piensas tú que nosotros estimemos
una salud precaria? ¿Con que estriba
nuestra felicidad (¡de pena muero!)
en las dulces ternezas que tu labio
tribute á una orgullosa? No: los buenos,
los honrados Sabinos no acostumbran

á comprar su justicia á tan vil precio.
¡Tú, patriotismo! Pérfido, no finjas.
Si querias librarnos de los hierros,
del baldon con que Romulo nos trata;
¿Por qué rehusaste, ingrato, el regio cetro
que te ofreció mi padre? ¿Por qué, aleve,
no mostraste el valor, el ardimiento
que Tulia te inspiro, quando seguias
al compas del clarin su hermoso ceño?
Yo entonces ¡ay! yo entonces, aunque débil,
te hubiera acompañado entre los riesgos,
animado en las lides, defendido
de los mortales tiros con mi pecho.
¿Mas qué digo? Perdona si mis ansias
interrumpen los dulces pensamientos
que á las próxîmas dichas anteceden.
Haces bien: tú la adoras: tú eres dueño
de su albedrio. Goza, feliz Numa,
goza tan alto bien, y nuestro duelo
termine con la muerte. No te culpo:
tu destino es amar, gemir el nuestro. *Vase.*

NUMA.

Aguarda, bella Hermilia...

ESCENA VII.

NUMA Y TULIA.

TULIA.

Tente, ingrato:
escúchame un instante, y sigue luego
á tu dulce tirana.

NUMA.

Dueño mio,
¿de qué tus iras nacen? Yo no intento...

TULIA,

Dexa satisfacciones. ¿De qué sirven
inútiles palabras? Hubo un tiempo
en que mi ceguedad se alimentaba
de pueriles, de locos devaneos;
pero ya repetidos desengaños
me han quitado la venda. Sí, perverso:
conozco que las teas que se encienden
te llenan de pavor. Ah! yo no llevo
en dote la corona que codicia
tu loca vanidad. Un puro afecto,
una constante fe, ve aquí las arras
que conduce al altar mi amante pecho,
prendas, sí, muy preciosas para una alma

sensible y virtuosa; mas trofeos
despreciables y odiosos para Numa
que esperaba de Hermilia todo un reyno.

NUMA.

¿Qué profieres, cruel? ¿Yo posponerte
al esplendor del trono? ¿Al vano incienso
que envuelve los palacios? ¿Al deleyte
de ver el maquinal abatimiento
de la infame lisonja? Tú me juzgas
tan débil, tan demente? Justo cielo,
¿qué puede compararse con la gloria
de amar y ser amado? ¿Qué embeleso
como el de un corazon que se embriaga
de dulces esperanzas? Yo desprecio,
Monarcas de la tierra, vuestra pompa
sin los tiernos y fieles sentimientos
que me ha inspirado Tulia. Sí: una gruta,
un escarpado risco, los desiertos
de la Libia, si Tulia me acompaña,
serán para mi amor tronos é imperios.
No lo dudes, mi bien: tu blanca mano
es la felicidad que ansioso anhelo.
Testigos son los Dioses...

TULIA.

Sí: los Dioses
saben tus falsedades. Yo no invento

ilusiones. ¿Lo fueron tus tibiezas?
¿La pretension de Tacio? ¿Los misterios
de la insensata Hermilia? ¿La ternura
con que aquí la llamabas? ¡De ira tiemblo!
¿Cómo para el ingrato no hay suplicios?
Pero basta de quejas. Solo vengo
á librarte, traidor, de la violencia
con que al ara te arrastran. Cobra aliento.
Dile á Romulo, dile que no adorne
el tálamo nupcial: que el blando fuego
que me abrasaba el alma se ha estinguido
qual leve exhalacion: que te aborrezco,
que jamas te amaré.

NUMA.

Deten el labio,
si no quieres, tirana, que el exceso
de mi dolor me acabe. Amada Tulia,
confieso que el tiránico precepto
de un funesto deber, tan suave lazo
me obligó á renunciar. ¿Mas quáles fueron
mis congojas entonces? Estos troncos
son testigos del bárbaro despecho
de mi ardiente pasion. Mis tristes ayes
sin cesar resonaban en los huecos
de sus rotas cortezas, y las grutas
tu nombre articulaban á lo lejos.

¡Ay que horribles instantes! El delirio
me arrastraba á la muerte, y si los cielos
hubieran decretado el duro choque
entre Roma y Sabinia, por los densos
esquadrones hubiera penetrado,
despreciando los tiros, y cubierto
de mortales heridas á tus ojos
víctima del amor hubiera muerto.
Ve aquí toda mi culpa. Mas ¡ay triste!

Con expresion que va creciendo por grados.

que yo no te ofendí. Tú, amado dueño
sabes quan poderosas son las voces
del honor y la patria. Sí: yo advierto
mas tranquilo tu rostro. Tú disculpas
al desgraciado Numa. Hados adversos,
al pie de los altares, quando enciende
sus lucientes antorchas Himeneo,
¿huirá Tulia de mí?... No: yo conozco
su tierno corazon. Mitiga el ceño,
cesen, mi bien, las iras, ó tu espada
termine mi dolor: ve aquí mi pecho.

Se arrodilla presentandole el pecho.

TULIA.

¿Dónde aprendiste, dónde, ese lenguage
de seducir las almas? ¡Que sabiendo
la magia de tus voces, mis oidos

se presten á su encanto lisonjero!
No, engañoso, yo huiré de tus ficciones,
de esos halagos pérfidos que temo
mas que la misma muerte. A Dios, ingrato...
Ah Numa... A Dios....

Numa, *deteniendola.*

Cruel, oye un momento.
¡Tú olvidarme resuelves! ¡Ay! ¿no bastan
para desagraviarte los acerbos
pesares que me afligen? ¿Qué peñasco,
qué rudo pedernal, qué duro acero
formó tu corazon? Cruel, las fieras
son menos inflexîbles. En el centro
de esas hondas cavernas donde braman
las carniceras tigres, mi tormento
hallará la piedad que en tí no encuentra.
¿Mas para qué la busco, si aun detesto
la clara luz del dia? Presto, injusta,
saciarás tu ojeriza. Sí: yo espero
que no tarde la muerte... ¿Mas qué digo?
Aquí mismo, á tus pies, ten el consuelo
de mirarme espirar.

Saca la espada, y al arrojarse sobre ella lo detiene Tulia.

Tulia.

Mi bien, ¿qué haces?

Deten el brazo... ¡O Dioses!

NUMA.

¡Qué oigo cielos!
¿Yo tu bien Tulia mia?

TULIA.

Sí: tú sabes
que Tulia es débil, y que el triunfo es cierto.

NUMA.

Dexa mi dulce amor...

Al arrodillarse se oye estruendo de guerra.

Voces.

Al arma, al arma.

NUMA.

¿Mas qué voces son estas?

TULIA.

Yo recelo
nuevos males. El campo se conmueve.
¿Si acaso los Romanos han dispuesto
algun ataque? Mas sin órden, ¿cómo
se atreven?...

NUMA.

Vé, mi bien, á contenerlos,
que yo lo mismo haré con los Sabinos.

TULIA.

Mi vista sola calmará este exceso.

ESCENA VIII.

NUMA Y SABINOS, *que toman arrebatadamente las armas.*

SABINOS.

A las armas.

NUMA.

Sabinos, ¿dónde vais?
¿Qué riesgo os sobresalta? Deteneos:
las iras refrenad.

ESCENA IX.

NUMA, *los* SABINOS, *y* HERMILIA *y Matronas Sabinas que salen despavoridas.*

HERMILIA.

Acude, Numa,
las voces y el rumor son hácia el templo...
Mi padre es quien peligra. Justos Dioses,
su vida conservad, ó yo fallezco.

NUMA.

Seguid todos mis pasos.

ESCENA X.

NUMA, HERMILIA, SABINOS, *y* OSTILIO *que llega agitado.*

OSTILIO.

Noble Numa...

NUMA.

¿Qué ha sucedido, Ostilio? Dí, ¿qué es esto?
¿Qué es de Tacio?

OSTILIO.

Espirando lo conducen.

NUMA.

¡Que escucho, hado cruel!

HERMILIA.

Cielos, yo muero!...

NUMA *y los demas Sabinos quedan en actitud que expresen el dolor y el espanto.* HERMILIA *se desmaya en los brazos de las Sabinas, y mientras* OSTILIO *sigue hablando vuelve á recobrarse.*

OSTILIO.

Hechas las libaciones, consumidas
las sangrientas entrañas en el fuego,
y jurados los pactos, ambos Reyes

en el sagrado umbral se despidieron.
Entramos en el verde laberinto
que forman los robustos y altos fresnos,
y al llegar á esa peña, cuya punta
domina todo el bosque, diez guerreros
que tras su ruda mole se ocultaban
en ruidoso tropel nos embistieron.
Las repentinas voces, y los dardos
que silvando por cima de los yelmos
cayeron en la yerba, nos sorprenden;
pero desesperados y resueltos,
apretando en las manos las espadas
corremos como fieras á su encuentro.
Resuena el martilleo de las armas
en torno de la selva, y por el viento
vuelan en leves piezas los plumages.
Los traidores persiguen con empeño
al débil Tacio, intrépidos nosotros
procuramos entonces defenderlo.
Aquí y allí corremos á cubrirlo
con los fuertes escudos: nuestros pechos
respiran con afan, unos y otros
nos apiñamos: Tacio siempre en medio
del confuso tropel titubeaba.
Pero al fin la fatiga, el desaliento,
nuestra desgracia, ¡ó Dioses! no lo pudo

librar del mortal golpe. Cayó al suelo
el miserable anciano: los traidores
huyeron hácia Roma, y en su seno
horroroso taller de iniquidades
los viles regicidas se escondieron,
sin que el cielo testigo del delito
vibrase el rayo, concitase el trueno.
Pero Tacio...

ESCENA XI.

TACIO *herido en los brazos de quatro guerreros:* HERMILIA *y* NUMA *se arrojan á sus pies, y* OSTILIO *y los demas* SABINOS *forma el quadro del dolor y la turbacion.*

NUMA.

Señor...

HERMILIA.

Padre...

TACIO.

Hijos mios...

HERMILIA.

¡Como á tan fiero golpe no fallezco!

NUMA.

¿Qué manos alevosas se han armado

contra esas nobles canas? ¿Quiénes fueron
los viles homicidas? Ah! mi rabia
los sabrá descubrir.

TACIO.

¡Míseros! ellos
no son los verdaderos delinqüentes.
Quien les dictó las órdenes, quien fiero
puso en sus crueles diestras los puñales,
ese es, Numa, el traidor, ese es el reo.
En fin, Romulo, amigos, ha triunfado
de este débil rival por unos medios
que detesta el honor. Perdona, Numa:
sé que debes sentirlo; mas yo debo
hacer á la verdad esta justicia.

NUMA.

¿Qué profieres, Señor? ¿Cómo? ¿Yo puedo
ser parcial del delito? ¿Quándo, Dioses,
tuvo Numa tan viles sentimientos?

TACIO.

No te juzgo malvado. Mas ¡ay triste!
que una pasion te ciega. En otro tiempo
mi ultrajada vejez recibiria
este golpe fatal con el consuelo
de ver un vengador en ese brazo.
Pero ya Numa es otro; y yo fallezco
cercado de temores y congojas

que aceleran mi muerte, conociendo
que arrastro hácia la tumba las reliquias
de vuestra libertad. ¡ Mísero pueblo!
sin apoyo, sin guia. Destrozado
si resiste !... Infeliz si humilla el cuello!

HERMILIA.

O padre, no imagines que ese ingrato
pudiera ser jamas apoyo nuestro.
¿Dónde está su virtud? ¿Es heroismo
abandonar su patria entre los riesgos
que la cercan? ¿Besar la injusta mano
que avara forja nuestros duros hierros?
¿que ha vertido la sangre del mas justo
de los reyes? ¡Oh Dioses! no son estos
los héroes de Sabinia. Sí, inhumano:
vete á Roma, y si acaso el embeleso
de tu adorada Tulia algun sentido
te dexa libre, admira el noble esfuerzo
con que en justa venganza de esta ofensa
coronados de gloria perecemos.

OSTILIO.

Tranquilízate, ó Rey. Todos sin Numa
lidiaremos constantes; y si el ceño
no serenan los hados, y conceden
á Roma la victoria, prometemos
labrarnos de cadáveres Romanos

un sangriento y horrible mausoleo.
¿Son estos, compañeros, vuestros votos?

SABINOS.

Sin Numa todos combatir sabremos.

NUMA.

Hermilia, Tacio, amigos, ¿quándo Numa
su patria abandonó? Sí: yo confieso
que la violenta llama que en mis venas
las seductoras gracias encendieron
de esa bella Romana, me consume,
se enciende mas y mas; pero mi pecho
jamás ha vacilado entre la patria
y esta ardiente pasion. Si un devaneo,
hijo de mi delirio, ha sustentado
mis vanas esperanzas, ya las pierdo.
Nunca, Sabinos, nunca el verde mirto
me texerán las manos de un protervo
que con la frente erguida ante los Dioses
comete los perjurios, que soberbio
atropella la fe, rompe los pactos,
y no excusa rigor, no omite exceso
que halague su ambicion. Ah! yo lo juro
por la sangre que mana de este seno
trono de la virtud, por esos Dioses
que Romulo ha ofendido. Sí: detesto
este funesto amor, este delirio

tirano de mi gloria. Ya soy vuestro,
valerosos Sabinos: con vosotros
ó vencer ó morir solo deseo.

TACIO.

Ven, mi querido Numa, ven y estrecha
á este infeliz amigo. Ya contento
mi espíritu rompiendo sus prisiones
volará hácia los Dioses, pues os dexo,
Sabinos, un caudillo... Mas la muerte
su yelo esparce por mis yertos miembros....
Acercaos, hijos mios... Que yo os miré
por la postrera vez.

HERMILIA.

¡Ah! mi tormento
unirá mis cenizas á las tuyas.

NUMA.

¡Ah buen Tacio! ¡Ah Señor!

TACIO.

Hijos, mi anhelo
fué conservar en paz vuestros hogares;
pero escuchar mis votos no quisieron
las sagradas Deïdades... Hoy, Sabinos,
que lidieis con valor os aconsejo
por vuestra libertad... La servidumbre
no es estado de hombres... Crueles hierros
¿á quién no haceis temblar?.. Sensible Hermilia,

enxuga el tierno llanto... De consuelo
te sirva tu virtud... Numa, no olvides
á la hija de Tacio... Santos cielos,
compadeced la suerte del Sabino...
Hijos mios... ¡O Dioses!.. Protegedlos... *Muere.*

HERMILIA.

¿Amado Padre?...

NUMA.

Cielos, no resisto
tan duro golpe!

OSTILIO.

O Tacio, vengarémos
tu desastrada muerte.

SABINOS.

A la venganza.

NUMA.

Eso sí, amigos mios, nuestro acero
este bosque fatal de sangre inunde.
Inflame vuestras iras el aspecto
de este elado cadáver. Ved sus labios
órganos de la ley en un eterno
silencio sepultados. Ved su frente,
la augusta frente que sostuvo el peso
de la regia corona. Mas ¡ay triste!
que ya pálida, exânime ha depuesto
el oro sobre el polvo. Avara mano

se lo arrancó violando los derechos
mas justos y sagrados. Mano aleve,
instrumento de crímenes, yo espero
que los Dioses castiguen tus crueldades.
Ellos fulminarán desde los cielos
sus rayos destructores. En sus exes
conmoverán al orbe, y al violento
y espantoso vayven la altiva Roma
inclinará sus torres hasta el suelo:
desplomada caerá como peñasco
desprendido del monte. Oid mis ruegos,
justos Dioses. Vengadnos. Hoy enseñe
vuestro potente brazo á los perversos,
que hay rayos, que hay justicia, que no siempre
tolerais la maldad. Y este tremendo,
este triste y funesto desengaño
conservese indeleble en los fragmentos
de esa aleve ciudad, para que sirva
á la perfidia de perpetuo freno.

HERMILIA.

Venganza Dioses; escuchad las voces
de nuestra angustia, del agravio nuestro.

ACTO TERCERO.

La misma escena del bosque sagrado, y campamento. En el centro una pira de troncos gruesos ardiendo. Al lado un ara que figure ser de un trozo grande de mármol, sobre la qual estarán la segur, las tazas del vino sacro, y la naveta del incienso. Al rededor habrá por el suelo maniatados, y dispuestos para el sacrificio, algunos corderos y ternerillos con las pezuñas y pitoncillos dorados, sartas de flores enredadas por las testas, &c.

ESCENA I.

NUMA Y HERMILIA *en medio de la escena contemplan llorando una pequeña urna puesta en el suelo, donde se suponen recogidas las cenizas de* TACIO. *Todos los Sabinos apiñados al rededor, manifiestan su dolor con los mas expresivos ademanes.*

HERMILIA.

Regias cenizas, venerables restos
del mejor de los padres y Monarcas,

sombra augusta, que escuchas desde el centro
de ese fúnebre vaso nuestras ansias,
¿cómo á la voz de Hermilia enmudeceis?
¿Acaso extingue la funesta parca
el paternal amor? ¿Acaso borran
del turbio Lete las revueltas aguas
tan amables memorias? Mas ¡ay triste!
que en vano gimo, en vano mis plegarias
dirijo á un yerto polvo. Inmenso espacio
nuestra exîstencia (¡ó mísera!) separa.
¡Fiero dolor!.. A Dios, dulces reliquias...
A Dios ¡ay! para siempre. Eterna calma
los cielos os concedan.

NUMA.

Justo Tacio,
recibe el tierno llanto en que se exhala
la gratitud de Numa, y la de tantos
como gimen tu muerte y su desgracia.
¿Quién nos consolará? ¿Quién en los males
que prueban sin cesar nuestra constancia
nos prestará el alivio? Mas ¿qué digo?
Todos fundan en tí sus esperanzas.
Ay! no nos abandones... Si ya pisas
las amenas y plácidas campañas
de los sacros Elisios, ¡ah! dirige
tus benignas y amantes ojeadas

á nuestros tristes lloros... A Dios padre...
Ay! que el dolor apura las amargas
corrientes de mis ojos!...

HERMILIA.

Padre, admite
estos ardientes ósculos que estampa
mi labio en tus cenizas. Los postreros,
sí, los postreros son... Cómo no acaba
mi aborrecible vida al duro filo
del dolor que me oprime y despedaza!

NUMA.

Venid, amigos mios, conduzcamos
estos preciosos restos.

HERMILIA.

Que me arrancan
el corazon... ¡O Dioses!... Padre mio,
pronto á tu sombra me unirá la parca.

NUMA.

La tierra, justo Tacio, te sea leve.

SABINOS.

A Dios, buen Rey, á Dios: en paz descansa.

ESCENA II.

Un guerrero toma la urna en brazos, y todos lo acompañan hasta la entrada de la tienda. OSTILIO *apresurado, y los dichos.*

OSTILIO.

Sabinos, esperad. Los justos Dioses
oyeron nuestros votos. La venganza
nos ofrecen propicios este dia.

NUMA.

¿De qué manera? Dí.

OSTILIO.

La altiva planta
el tirano dirige á nuestro campo
sin mas escolta que su loca audacia.
Ya no dista dos tiros de saeta:
con que á saciar, Sabinos, nuestra rabia
en su alevosa sangre. Por mil bocas
precipitese ayrada su vil alma
en el profundo abismo. Nuestro agravio
venguemos, compañeros. Esta espada
el exemplo os dará. Seguidme todos.

SABINOS.

Muera el tirano, muera.

NUMA.

Ostilio, aguarda.
Sabinos, esperad. Oidme. ¿A dónde
las frenéticas iras os arrastran?
¿Qué furia del averno se apodera
de vuestros crueles pechos?

OSTILIO.

Numa, aparta.
¿Qué pretendes? Tú impides que ese monstruo
aplaque con su sangre la ultrajada
sombra de Tacio?

NUMA.

No: yo no lo impido;
antes pretendo, sí, desagraviarla;
pero no con un crímen. Si el tirano
por saciar su ambicion su nombre infama,
denigra su memoria, los Sabinos
no deben imitarlo en su venganza.
Sí, guerreros ilustres, quando anime
el malvado sus bélicas esquadras,
quando armado del dardo y de la pica
provoque nuestro ardor en la campaña,
entonces asaltadlo, perseguidlo
hasta que muerda con mortales ansias
la ensangrentada tierra. De otro modo
contraerá nuestro honor la torpe mancha

de una indigna traicion, y el justo Tacio
sentirá que lo venguen con infamia.

OSTILIO.

Cedo, aunque á mi pesar.

NUMA.

Fuertes guerreros,
evitad la ignominia. En la borrasca
que ha movido el rigor de nuestros hados,
la muerte es lo de menos, si en la tabla
que á los buenos presentan las virtudes
hoy nuestra gloria, nuestro honor se salva.

ESCENA III.

NUMA, HERMILIA, OSTILIO, ROMULO
Y SABINOS.

ROMULO.

Os contemplo, Sabinos, penetrados
de la pena mas grave. La desgracia
del inocente Tacio será asunto
de gemidos y llantos, mientras haya
corazones sensibles que veneren
las ínclitas virtudes. Ah! la espada
que atravesó su pecho es imposible
que algun genio infernal no la guiara.

Mas no quedará impune. Si los velos
que ocultan el delito no se rasgan
al golpe de mi cetro, las Deidades
que registran los senos de las almas,
sus rayos lanzarán contra los viles
que osaron derramar sangre tan cara.

NUMA.

Por las Deidades, Romulo, que ceses
una vez de insultarnos. Dí, ¿qué trazas?
¿Vienes á ver tu obra? ¿A deleitarte
con las copiosas lágrimas que bañan
este bosque fatal, fiero teatro
de tus dolos, traiciones, y asechanzas;
ó vienes á elegir entre esta turba
de infelices que injurias y maltratas
otra inocente víctima que adule
tu ambicion y crueldad? ¿A quién señalas
para el golpe insidioso que dispone
tu falso disimulo? Ya las aras,
los juramentos, los mentidos pactos
serán vanos recursos. Tus falacias
nos han escarmentado. Vete, vete:
imagina otros medios con que abatas
nuestra noble altivez. Mas no te canses:
todo inutil será: preven las armas.

ROMULO.

Sin duda el sentimiento ha trastornado
tu ofuscada razon. Sí: tal audacia
es hija de un delirio. ¿Mas qué digo?
Solo tu altanería te embriaga.
¿Yo perjuro? ¿Yo aleve? ¿Yo homicida?
¿Sobre qué fundas, Numa, tan osada,
tan torpe acusacion? Dirás que á Roma
los traidores huyeron. ¿Y esto basta?
¿Fueron mis Capitanes? ¿Armó acaso
mi precepto la pérfida celada?
¿Les mandé dar asilo? ¿Pude entonces
salirles al encuentro en las murallas?
Luego ¿por qué me culpas?

HERMILIA.

Porque sabe
que nadie sino Romulo insidiara
la vida de mi padre. ¿Qué Romano
se quejó en algun tiempo de sus canas?
¿A quién sus justas leyes oprimieron?
¿No consoló piadoso las desgracias
del inocente huérfano? ¿Los llantos
de la infelice viuda? ¿Las plegarias
del miserable anciano, del guerrero,
del labrador, de todo el que imploraba
su benigna clemencia? Luego ¿quáles

fueron sus enemigos?

ROMULO.

Los que braman
como sañudas fieras baxo el yugo
de las severas leyes, duras trabas
de perversas pasiones. ¿Quién ignora
que el que tiene en su diestra la balanza
de la inflexîble Astrea, no se libra
de los tiros del vicio que batalla
por romper sus cadenas?

OSTILIO.

Nunca el vicio,
por mas que sea feroz, sus iras arma
contra unas leyes justas: y así solo
morderá las cadenas que le labran
los tiranos, los Romulos, pues temen
aun las mismas virtudes arrastrarlas.

ROMULO.

¿Qué desacato es este? ¿Con que todos
se atreven á insultarme? Tanta audacia
sabré yo refrenar.

OSTILIO.

Viven los Dioses... *Empuña.*

NUMA.

Tente, Ostilio.

ROMULO.

¿Qué es esto? ¿Me prepara
la traicion algun lazo? ¿Qué me dicen
esas fieras y ardientes ojeadas?
¿Esos locos amagos? ¿Esas iras
que en vuestro torvo ceño se retratan?
Ah! que mi confianza me ha perdido!
¿Qué pretende, malvados, vuestra saña?
Si quereis destrozarme, llegad todos:
perfeccionad el crímen. Ya os aguarda
mi magnánimo pecho como roca
que embravecidas olas no contrastan.
Yo espiraré á los golpes de la infame
perfidia, sí; mas antes que la parca
este brazo desarme; muchas vidas
serán despojos de mi invícta espada.

NUMA.

Tranquilizate, Romulo. Tu orgullo,
tu doblez, tu crueldad, y tus falacias
el premio que recelas merecian;
pero no son capaces de una infamia
los ilustres Sabinos. Pronto el rayo
de nuestra indignacion dará en campaña
su terrible estallido. Sí, perverso:
quantos miras presentes se preparan
á quitarte la vida. Ni trincheras,

ni esquadrones, ni fosos, ni murallas
detendrán nuestra furia. El mismo Marte
no te podrá librar, aunque te armára
con su sagrado yelmo, y á tu lado
blandiese fiero su temible lanza.
Tu sangre beberemos, no lo dudes:
lo hemos jurado, Romulo, á las sacras
Deidades de este bosque, y el Sabino
sus juramentos santos no quebranta.

ROMULO.

Intentais ardua empresa. Qué, ¿tan presto
se olvida vuestra ciega pertinacia
del valor con que Romulo confunde
sus débiles contrarios? ¿Quién aguarda
los golpes que fulmino? ¿Quién resiste
solo un amago mio, una mirada?
¿Juzgais intimidar mis vencedores
guerreros con pueriles amenazas?
¡Os tengo compasion! Sedme testigos,
Deidades inmortales, que mi saña
provocan los Sabinos. No ha bastado
á templar su furor la tolerancia
con que los he sufrido. Ya me miro
forzado á castigar sus temerarias,
sus locas pretensiones. Sí, rebeldes;
pronto con el acero á la garganta

imploraréis humildes mi clemencia,
y entonces besará vuestra arrogancia
la pesada cadena, ó á las aves
de pasto servirán vuestras esquadras.

ESCENA IV.

NUMA, HERMILIA, OSTILIO, *y Sabinos.*

NUMA.

Lo postrero en tal trance elegiremos.
Ya, fuertes compañeros, está echada
la formidable, la dudosa suerte.
Antes que apague su luciente llama
el padre de los dias en el seno
del océano inmenso, nuestras ansias
cesarán con el triunfo, ó con la muerte.
No se entibie el ardor que nos inflama,
ese divino rayo que la gloria
desde su eterno templo nos dispara.
Tengan todos presente en el combate
que lidian por sus hijos, pór su patria,
por su propio interes. Cada qual sepa
que si el puesto que ocupa desampara,
no tiene mas asilo que los hierros.
Discurramos en fin que á nuestra espalda

desparece la tierra, y que es forzoso
romper por los contrarios á buscarla.
Pero tales avisos serán vanos
si no los dicta el labio de un monarca.
Yo no aspiro á este honor por mas que Tacio
su cetro y su laurel me encomendára.
Nombradlo á vuestro agrado. Sea el que fuere
obedecer sabré, y en la batalla
la senda que me muestre su plumage,
esa siempre hollará mi heroyca planta.

OSTILIO.

Ninguno, como tú, podrá guiarnos
á la gloria en las arduas circunstancias
del trance en que nos vemos. Compañeros,
yo no daré otro voto. ¿Os desagrada
la eleccion?

SABINOS.

Ciña Numa la corona.

NUMA.

Yo admitiré ese honor sin repugnancia,
si la divina Hermilia desde el trono
me dá para subir su mano blanca.

HERMILIA.

¿Por qué mi auxîlio imploras, si te presta
tu sublime virtud tan dignas alas?
¡Ah generoso Numa! yo te libro

del fatal sacrificio á que te arrastran
los ruegos de mi padre. Sí: mi mano
sé bien que labraria tu desgracia.
Tu amante corazon gime y suspira
sin poder arrancarse la dorada
saeta que lo hiere, y mis halagos
lejos de derramar en la honda llaga
un saludable balsamo, tus penas,
tus graves inquietudes aumentáran.
Pues no exâspere, Numa, nuestros males,
un esteril deber. Si desagravias
la sombra de mi padre, si disipas
los peligros que cercan á mi patria,
¿el cetro qué me importa? Yo reduzco
á tu felicidad mis esperanzas.

NUMA.

¡Ah virtuosa Hermilia, quanto exceden
las prendas de tu espíritu á las gracias
de esa feroz beldad! Divina Hermilia,
librame por los Dioses de esta llama
que devora mi pecho. Tú, tú sola
podrás con tus ternezas apagarla.
¿Qué no destruye el tiempo? ¿Qué no cede
al ruego y al cariño? ¿A quién no encantan
las heroycas virtudes? Sí: en tu mano,
en esta blanca mano está cifrada

mi ventura. ¿Qué temes? ¿Imaginas
que yo no te amaré? ¿Tendré yo un alma
tan dura, tan indocil?

HERMILIA.

No, mi Numa:
no me aborrecerás si no me amas.
Yo registro tu pecho... ¡Mas ay triste!
que no es un dulce amor quien nos enlaza.
Tacio... tu honor... la suerte...

NUMA.

No, mi dueño,
tus méritos me rinden. Ven al ara:
enciéndanse las teas. Oh Citéres!
Muestrate favorable en las entrañas
de las simples palomas, y el disgusto
nunca marchite la nupcial guirnalda.
Al conducirla por la mano al ara suena dentro estrépito de guerra.
Pero ¿qué estruendo es este?

OSTILIO.

Todo el campo
en movimiento miro.

HERMILIA.

Ya extrañaba
que mi dicha no diese en un escollo.

ESCENA V.

Un Sabino, *y los dichos.*

Sabino.

No os detengais, Sabinos. A las armas
corramos presurosos. Los Romanos
por tres distintas partes nos asaltan.
Ya nos hieren sus rápidas saetas,
y las nubes de polvo que levanta
el confuso tropel de las cohortes
la clara luz del sol nos arrebatan.
Ea pues, coronemos al instante
esas robustas y trabadas hayas
que intentan escalar los enemigos,
y hallen en cada pecho una muralla.

Numa.

Seguidme, compañeros.

Hermilia.

A tu lado
nueva Belona blandiré la lanza.

Numa.

No, mi bien: á tu tienda te retira.
Parte, Ostilio, defiende con tu esquadra
esa parte. O la muerte ó la victoria

ordeno á tu valor.

OSTILIO.

Ten confianza.
Guerreros á lidiar por la justicia.

SABINOS.

Volemos á morir, ó á vindicarla.

ESCENA VI.

HERMILIA *y las* SABINAS.

HERMILIA.

Las Deidades os guien, y severas
contra el tirano Romulo combatan.

SABINA 1.ª

Ya de las armas el terrible estruendo
atruena todo el bosque.

SABINA 2.ª

Suerte airada,
si triunfará el Romano?

SABINA 1.ª

¿Qué destino
tu implacable ojeriza nos prepara?

HERMILIA.

Ved como al duro golpe de los dardos
comienzan á exhalar las nobles almas

nuestros fuertes guerreros. Entre el polvo,
las voces y el tropel los yelmos saltan,
vuelan las picas, los escudos ruedan
sobre la roxa yerba. Cielos, ¡quanta
sangre, quanto sudor por todas partes
con el afan y el hierro se derrama!

SABINAS.

¡Oh dia lamentable!

HERMILIA.

Mas, Sabinas,
mas infausto fué aquel en que insensatas
dexamos nuestros plácidos hogares
por la pérfida Roma. ¡Qué de ansias
este yerro nos cuesta! Mas, ay triste!
que los Sabinos ceden. Las esquadras
enemigas inundan los reales
como torrente rápido que baxa
de las excelsas cumbres arrollando
las peñas y los árboles que arranca.

SABINA 2.ª

¿Qué haremos? ¡Ay! ¿Adónde esconderémos
nuestros hijos?

SABINA 1.ª

¡O madres desgraciadas,
huyamos á los montes.

SABINA 3.ª

Dioses justos,
apiadaos de nosotras.

ESCENA VII.

HERMILIA *sola.*

¡Pena amarga!
Ya se ha perdido todo: se ha perdido
la libertad, la gloria... Ya no hay patria:
ya no hay Sabinia... Numenes terribles,
¿dónde está la justicia? ¿Vuestra saña
quándo terminará? ¿Pero qué miro?
¿Cómo volveis, Sabinos, las espaldas?
¿A dónde vais, cobardes?

ESCENA VIII.

Algunos Sabinos atraviesan huyendo. HERMILIA, TULIA, *y Romanos.*

TULIA.

No sigais
esa tímida turba. A mí me basta
esta aleve Sabina para triunfo.

HERMILIA.

¿Y qué importa que triunfes de una flaca,
de una infeliz muger, si aun te disputan
muchos nobles guerreros la ventaja
que esos viles te ofrecen.

TULIA.

La victoria
les cedo á trueque de poner la planta
sobre tu infame cuello. Conducidla.

HERMILIA.

Apura tu furor, tu enojo sacia,
implacable muger; pero no esperes
que tus rigores mi valor abatan.
No me sorprende el hado. Bien sabia
que sin designio esparce sus guirnaldas
la mudable fortuna, y así miro
con sereno semblante las desgracias.

TULIA.

Tú gemirás al fin.

HERMILIA.

Antes espero
que tus iras se cansen.

TULIA.

Arrastradla,
sumergidla en los hierros, y suspire
entre la turba vil de mis esclavas.

ESCENA IX.

NUMA *por el centro con algunos Sabinos. Traban el combate con los Romanos, y al retirarse estos vencidos salen por la izquierda algunas tropas Romanas, que cercan á* NUMA *y á los suyos. Lídiase con teson, y opresos alfin los Sabinos, quedan rendidos y desarmados, formando un quadro pintoresco, cuyo grupo principal se compone de* TULIA, HERMILIA, *y dos guerreros que han aprisionado á* NUMA.

NUMA.

Sabinos, defendamos vuestra Reyna.

TULIA.

Antes sereis despojo de mi espada.

NUMA.

¿Por qué la vida, Dioses, me dexasteis?

TULIA.

Porque tu eterno llanto satisfaga
su justa indignacion. Infiel, ¿creiste
que á mis suspiros, quejas, y plegarias
ensordecieran los sagrados Dioses?
¿Te persuadiste, aleve, que dexáran

impune tu traicion? ¿O imaginaste
que no fuese delito tu mudanza?
Desengáñate, ingrato; y reconoce
que no son insensibles á las ansias
de un amante; que nada los irrita
como la ingratitud y la inconstancia.

NUMA.

No me atormentes, Tulia: no dupliques
mis congojas mortales. Yo te amaba
quando amarte podia sin delito:
pero así que el peligro de mi patria
me instruyó en mi deber, fué necesario
ser ingrato contigo por salvarla.
Mas ay! que se han frustrado mis desvelos.
En medio de este bosque donde nadan
en tibia sangre los hendidos cráneos,
los yertos miembros, las deshechas armas
de mis fieles amigos, me conservan
los Dioses una vida que me cansa
para funesto exemplo de sus iras.
Yo, miserable pueblo, soy la causa
de tu horroroso estrago. Sí: los cielos
tu inocencia clementes perdonáran,
si tu suerte de mí no dependiese,
de mí que arrastro asido á mis pisadas
el acerbo infortunio, emponzoñando

el ayre que respiro. ¡O quán infausta
fué la eleccion de Tacio! ¿Por qué, Hermilia,
cediste generosa á mis instancias?
¿Por qué diste la mano á un desdichado?
¿A un infeliz, objeto de la saña
del cielo y de la tierra?

HERMILIA.

Porque nunca
la virtud desmerece en la desgracia.
Sí, mi Numa: no temas me arrepienta
de ser tu fiel esposa. En la garganta
de la calamidad, que nos devora,
tu amor es mi consuelo... Mas ¡ay ansias!
que cesó tu deber, cesó el empeño,
cesaron los clamores de la patria,
y tu pasion no cesa... Pronto, pronto
enxugarás el llanto. Entre sus alas
te arrullará el amor; y si la gloria
te saca alguna vez á la campaña,
será para volver con mil naciones
uncidas á tu carro á las murallas
de la orgullosa Roma, donde fina
tu arnes destrence la beldad que amas.
Pero no lo veré... Ya el lento filo
de mis fieros pesares en el alma
honda llaga habrán hecho, y de la Estigia

errante y triste pisaré las playas.

NUMA.

¿Qué dices, bella Hermilia? ¿Te persuades
que olvide yo la sangre derramada
de tantos infelices? ¿Tus ternezas,
tus ayes, tu dolor?...

TULIA.

Aleve, calla.
¿Cómo á mis ojos, pérfido, te atreves
á ostentar tu traicion? ¿Quién tal audacia,
quién tal descaro tuvo? No sé como
mi rabioso despecho no te arranca
ese infiel corazon donde se alvergan
tantos engaños, osadia tanta.
Mas no es tuya la culpa: la insolente
que aviva con sus lágrimas tu llama,
debe ser el objeto de mis iras.
Guerreros, al momento separadla
de ese traidor, y á Roma se conduzca.

HERMILIA.

Tus crueldades, ó Tulia, serán vanas.
¿De qué sirve el rigor? En las prisiones,
cercada de tinieblas, aherrojada
en la desnuda tierra, cada instante
volará á tu pesar sobre las alas
de nuestro casto amor mi pensamiento

y en mi esposo hallará tranquíla calma.

TULIA.

Yo haré, atrevida, que la muerte extinga
esa loca pasion de que te jactas.

HERMILIA.

¡O que débil recurso! Aun ignoramos
si con la vida nuestro amor se acaba.

TULIA.

Obedeced, Romanos.

HERMILIA.

A Dios, Numa.

NUMA.

Mi corazon, Hermilia, te acompaña.

TULIA.

Llevadla.

HERMILIA.

A Dios...

NUMA.

A Dios...

ESCENA IX.

OSTILIO *presuroso, y los dichos.*

OSTILIO.

Numa, respira.
Los cielos han tomado la venganza
que nuestros flacos brazos no pudieron.

NUMA.

¿De qué manera, Ostilio?

TULIA.

Suerte infausta,
¿Qué golpe me previenes?

OSTILIO.

Ya no exîste
el ambicioso Romulo.

HERMILIA.

¡O sagrada
Providencia!

TULIA.

¡Yo muero de despecho!

OSTILIO.

Rotas ya las trincheras que cercaban
nuestro campo: cubiertos los Sabinos
de mortales heridas: sus corazas

y yelmos destrozados: respirando
con angustia y afan: casi agotadas
las fuerzas, sin vigor, sin resistencia
empiezan á ceder. Cada pisada
era un lago de sangre, y el Romano
en nuestros yertos cuerpos tropezaba.
El tirano animando sus cohortes,
mas terrible que el Dios de las batallas,
entorno fulminaba el fuerte acero,
que al girar por el ayre salpicaba
con nuestra sangre su feroz penacho.
Crece su furia, sus guerreros llama,
hiere al caballo con la aguda espuela,
y el iracundo bruto entonces salta
rompiendo nuestras filas, abollando
con la herradura las bruñidas armas.
Entre tantos horrores las Deidades
oyeron nuestros ruegos. Una espada
que el moribundo brazo de un Sabino
esgrimió sobre el polvo en que espiraba,
penetró el ancho pecho de la fiera.
Siente la aguda punta en las entrañas,
y ciega del dolor, mordiendo el freno
que en vano la contiene, se avalanza
como rápido rayo al precipicio
que forman esas rocas escarpadas.

Tres veces á las riendas el tirano
toda su fuerza aplica, y otras tantas
empinó su estatura el fiero bruto;
mas fáltale la tierra, y á las auras
despechado se arroja. Ruedan ambos
dando tremendos vuelcos por las pardas
y desiguales peñas, cuyas puntas
rompen las duras armas, y desgarran
los palpitantes miembros. Yo, Sabinos,
á pesar del rumor y la distancia
escuché el grave golpe de los cuerpos
en el profundo abismo. Las esquadras
atónitas quedaron: se les caen
las picas de las manos: todos clavan
los espantados ojos en las rocas
que arrebataron su feroz monarca.
Sí, felices Sabinos: ya los Dioses
han tomado á su cargo nuestra causa:
ya no exîste el tirano, y al averno
nuestra infelicidad consigo arrastra.

TULIA.

No imagineis, traidores, que este acaso
rompa los hierros que mi agravio os labra.
Si ha fallecido Romulo, yo exîsto;
y en tanto que el senado no proclama
un nuevo Soberano, será Tulia

del augusto laurel depositaria.
Guerreros, conducid á la alta Roma
esos dos sediciosos. ¿Vil, pensabas
burlar mis iras y mirar tranquílo
mi rabioso dolor? No: Tulia manda:
ya está dado el decreto. Una ponzoña
gustaremos; y en hora tan amarga
tu congoja mayor, tu mayor muerte
serán mis fallecientes ojeadas.

HERMILIA.

Yo espero que se frustren tus rigores.

TULIA.

¿Frustrarse? Pues qué, pérfida, no basta
para desengañarte el infortunio
que lamentas?

HERMILIA.

Quizá los cielos calman
su indignacion. Quien sabe...

Dentro voces.

Numa viva.

TULIA.

¿Quién estas voces y alboroto causa?

ESCENA X.

MARCELO, *guerreros Romanos y Sabinos, y los dichos.*

MARCELO.

Generoso Sabino, ilustre Numa,
los poderosos Numenes que guardan
este sagrado bosque, han castigado
la impiedad que sus aras profanaba.
Roma sin dueño gime, mas prudente
enxugando sus lágrimas, me manda
que en su nombre te ofrezca el regio cetro,
y el glorioso laurel, que...

TULIA.

Aleve, calla,
¿Qué pronuncias? ¡Un pérfido en el trono!...
¡La pena y el furor la voz me embargan!..
¿Quiénes son los traidores que pretenden
coronar á un Sabino?

MARCELO.

Las esquadras

TULIA.

Opondráse el Senado.

MARCELO.

Poco importa
si están en nuestras diestras las espadas.

TULIA.

¿Y á un extrangero eligen?

MARCELO.

¿Qué te admiras,
si han visto su valor en la campaña,
si conocen sus ínclitas virtudes?
Estas, Tulia, lo elevan, no la patria.
Y así, Señor, admite el vasallage
que juran á tus pies. La paz renazca
en nuestros secos campos. Ambos pueblos
una familia formen, y la insana,
la sangrienta discordia para siempre
brame en el hondo abismo encadenada.

NUMA.

Admito vuestro don, nobles guerreros,
y juro á las Deidades soberanas
conservar siempre en paz vuestros hogares.
Ven, adorada Hermilia, y en las aras
unamos el amor. Pueblos amigos,
coronad vuestras sienes de guirnaldas
de pacífera oliva, y en el templo
demos á Jove las debidas gracias.

Todos.

Vivan Numa y Hermilia.

TULIA.

Mi despecho
ha llegado á su colmo. Ingrato, aguarda.
Romanos, deteneos. Fementido,
escucha á una muger que idolatrabas,
y que aun ciega te adora. No pretendo
enternecerte, no. Sé que son vanas
las lágrimas que vierto. Solo, aleve,
solo sí te suplico por las ansias
que el pecho me destrozan, por mi llanto,
por mis suspiros, ¡ah! si te fui grata,
si te fui dulce un tiempo, si algun premio
merece mi fineza, que esa espada,
esa diestra cruel, que tantas veces
me prometiste, rompa mis entrañas,
destruya mis alientos... Mas ¡ay triste!
que dirijo á una roca mis plegarias.
¿A quién me volveré? Escucha, Hermilia,
escucha á una rival que despechada
provoca tus enojos. Teme, injusta,
teme mientras respire que la llama
de nuestro antiguo amor turbe el reposo
del lecho que Himeneo te prepara.
Sí, tirana, yo adoro á ese inconstante.

Ya ni decoro, ni pudor, ni fama
contendrán mi delirio. No lo dudes.
Mis caricias, mi llanto, aquellas gracias
que alabó en otro tiempo, de tus brazos
lo sabrán arrancar... ¡Ay! ¿cómo tardas
en herirme, cruel? ¿Pero qué es esto?
¿Yo suspiro? ¿Yo gimo? ¿A mi contraria
le ofrezco yo este triunfo? ¿Débil Tulia,
en este trance tu valor desmaya?
¿Tú mendigas la muerte? ¿Solicítas
ageno brazo que tu sangre esparza?
¿En dónde estan tus iras? ¿Cómo, furias,
estais ociosas en la opaca estancia
del tenebroso abismo?... Mas ¡ó Dioses!
Ya las siento en el pecho: ya me abrasan
con sus funestas teas... Sí: el incendio
centellea, se agita, y se derrama
por mis ardientes venas. ¡Ah! muramos:
muramos, triste Tulia, sin venganza.
Mas ¿qué digo? ¿No hay Dioses? ¿Mis furores
no vendrán desde el Tártaro á tomarla?
Sí, malvado: mi sombra ardiendo en iras
armará quantos pueblos el sol baña
contra la altiva Roma. El ancho Tiber
arrollará sangriento las corazas,
los yelmos, y los miembros de los tuyos.

Estos campos que ves llenos de grama
serán hedionda tumba, y el arado
sulcará esos palacios y murallas.
Entonces, sí, traidor, quando cubierto
de polvo y de sudor baxo la espada
del fiero vencedor muerdas la tierra,
entonces llamarás con tristes ansias
á la infelice Tulia, y Tulia entonces
arrancandote, infiel, esa vil alma,
en medio del tumulto y los clamores
de las horribles furias, despechada
descenderá, tirano, como en triunfo
al pavoroso abismo á sepultarla.
Dioses, oid mis votos, oid las voces
de un agraviado pecho que embriagan
la pena y el furor, y sea esta golpe *Se hiere.*
infausto precursor de mi venganza.

NUMA.

Tente, Tulia... ¡Que horror!

TULIA.

Huye, perverso...
No aumentes mi agonia... Ya la parca
te libra de mis quejas... ¿Qué mas quieres?...
He aquí el triunfo, cruel, de tu inconstancia..

Muere.

NUMA.

Conducidla, guerreros... Ay! libradme
de este objeto fatal. Hermilia amada,
no extrañes mi dolor. La quise un tiempo....
Fué mi primer amor... El es la causa
de su trágico fin... ¡Ah! no soy marmol...
Yo debo lamentar tanta desgracia.
Qué, ¿pudiera ofender mi triste llanto
á la sensible Hermilia?

HERMILIA.

No me agravian
tus nobles sentimientos. ¡Ah! mi Numa,
su desastre estas lágrimas me arranca.

NUMA.

Vamos todos al templo. Justos Dioses,
velad sobre estos pueblos que se enlazan
con tan estrechos vínculos, y vivan
en la paz, la alegria, y la abundancia.

FIN.

Candacilla, guerreros... Ay! llevadme de este objeto [illegible] no extrañéis mi dolor. La quise un tiempo... Fué mi primer amor... El es la causa de su trágico fin. ¡Ah! no soy [illegible] Yo debo lamentar tan desgracia... ¡Qué! ¿pudiera olvidar mi triste llanto... á la sensible Hermilia?

HERMILIA.

[illegible] tus nobles sentimientos; ¡Ah! mi Numa, su desastre está impreso [illegible]

NUMA.

Vamos todos al templo. Justos Dioses, velad sobre estos pueblos que se enlazan con tan estrechos vínculos, y vivan en la paz, la alegría, y la abundancia.

FIN.

COMEDIAS REPRESENTADAS EN TIEMPO DE LA RITA LUNA Y DE MAIQUEZ EN TAMAÑO DE 8.º

Abate l' Epeé.
Acelina.
Adolfo y Clara ó los dos presos.
Agamenon (tragedia).
Ali-Bek.
Amantes generosos.
Amor y la intriga.
Avaro (el).
Bella labradora.
Califa de Bagdad (ópera).
Cecilia y Dorsan.
Chismoso (el).
Clementeina y Desormes.
Conde de Olbach.
Duque de Viseo.
Fulgencia ó los maniáticos.
Gombela y Suni-Ada.
Muger celosa.
Opresor de su familia.
Pablo y Virginia.
Padre de familia.
Presos ó el parecido (ópera).
Prueba caprichosa.
Reconciliacion ó los dos hermanos.
Solleron y su criada.
Virtud en la indigencia.
Un loco hace ciento.

SIGUEN LAS COMEDIAS EN 8.º

Amor por el tejado ó la Marcela.
Andaluza en el laberinto.
Atahualpa (tragedia).
Blanca y Montcasin (id).
Bosque peligroso.
Bruto ó Roma libre (tragedia.)
Cabeza de bronce.
Cadma y Signoris.
Calavera (el).
Caliche.
Camila (tragedia)
Casamiento por fuerza.
Castillos en el aire.
Citas (las).
Citas debajo del olmo.
Cocinero (el) y el secretario.
Condesa de Castilla.
Conjuracion de Venecia.
Contrato anulado.
Coquetismo y presuncion.
Costumbre de antaño.
Cuantas veo tantas quiero.
Deber y la naturaleza.
D. Dieguito.
D. Pedro de Portugal (tragedia).
D. Sancho García de Castilla.
Doña Maria Pacheco.
Dorotea (la).
Dos épocas.
Dos preceptores.
Dos sargentos franceses.
Edipo (tragedia).
Eduardo y Federica.
Efectos de un mal ejemplo.
Elvira portuguesa.
Enamoradizo (el).
Escuela de la amistad.
Escuela de los jueces.
Español y la francesa.
Guzman (tragedia).
Hipócrita.
Hipócrita pancista.
Hombre de la Selva negra.
Huérfana de Bruselas.
Huerfanita.
Imperio de las costumbres.
Indulgencia para todos.
Ir contra el viento.
Jóven de sesenta años.
Jugador.

Lo que son mugeres.
Lo que puede un empleo.
Lugareña orgullosa.
Marica la del puchero.
Marido de dos mugeres.
Mentira contra mentira.
Mi retrato y el de mi compadre.
Misantropía y arrepentimiento.
Morayma (tragedia).
Muerte de Abel (id).
Muger por fuerza.
Muger varonil.
Novia tapada.
Numa (tragedia).
Numancia destruida (id).
Opera cómica.
Oscar, hijo de Osiam (tragedia).
Pancho y mendrugo.
Pelayo (tragedia).
Polixena.
Rábula (tragedia).
Raquel (id).
Rey Eduardo.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Sofonisba (tragedia).
Tal para cual.
Tonta (la) ó ridículo novio.
Treinta años ó vida del jugador.
Vergonzoso en Palacio.
Viajante desconocido.
Vieja y las calaveras, ó la posada.
Virginia.
Viuda de Padilla.
Una noche de novios.
Una travesura (ópera).
Zenobia y Radamisto.

MUSEO DRAMATICO.

Actriz, militar y beata.
Amante misterioso.
Arturo ó los remordimientos.
Al pie de la letra.
Caer en el garlito.
Caer en sus propias redes.
Celos.
Ciego.
Cuentas del zapatero.
Cartas del Conde-Duque.
De una afrenta dos venganzas.
Dos muertos y ningun difunto.
Duque de Altamura.
En paz y jugando.
Es un niño.
Enrique de Trastamara.
Espectro de Hiver-sein.
Favorita (la).
Gaceta de los Tribunales.
Galan invisible.
Halifax ó pícaro y honrado.
Hija de Cromwel.
Hijo de Cromwel.
Hijo del emigrado.
Idiota.
Ingeniero ó la deuda del honor.
Madre y el niño siguen bien.
Marido desleal.
Novicio.
Opera y el Sermon.
Otra noche toledana.
Penitencia en el pecado.
Por no escribirle las señas.
Posada de la madona.
Quien será su padre.
Ricardo el negociante.
Robo de Elena.
Secreto de una madre.
Tio Pablo ó la Educacion.
Trapisondas por bondad.
Tercera dama duende.
Un amante aborrecido.
Ultimo de la raza.
Un mal padre.
Un casamiento provisional.
Un quinto y un párvulo.
Un rival.
Un soldado de Napoleon.